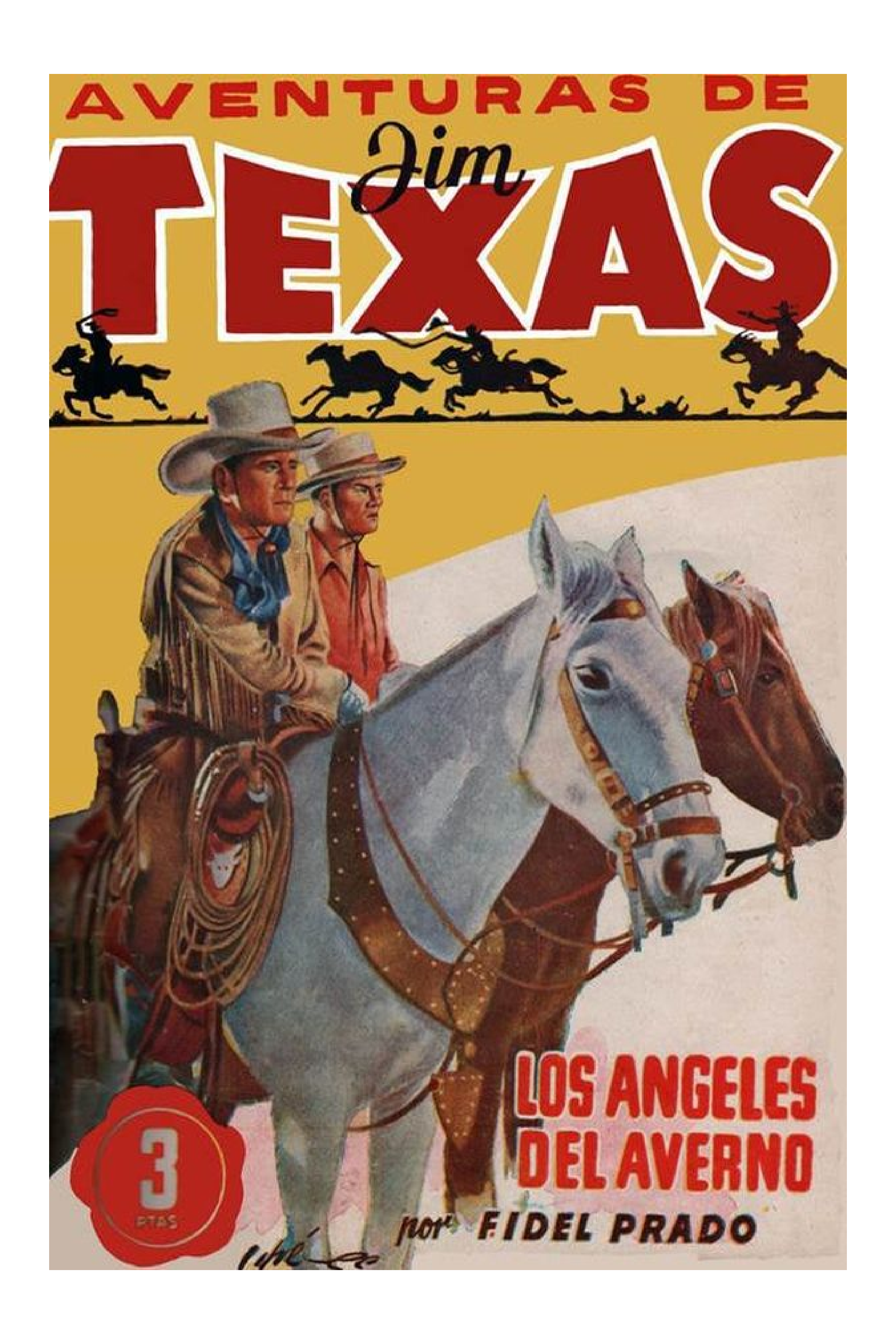

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
LOS ANGELES
DEL AVERNO
3
PTAS
por FIDEL PRADO

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA


Los ANGELES
DEL AVERNO

Capítulo Primero

Cómo nace un idilio

Vera Spack, sentada en uno de los rústicos bancos que circundaban la amplia glorieta que se abría frente al rancho de Texas, se afanaba en confeccionar, manejando las agujas, una diminuta prenda infantil.

Las frondosas ramas de los robles y los castaños sombreaban el lugar, donde un aire fresco hacía bastante grata la media tarde. Los pájaros vocingleros parloteaban ruidosamente entre el boscaje; el surtidor de la fuente enclavada en el centro murmuraba rítmicamente al verter su chorro cristalino en el amplio tazón de piedra, donde dos docenas de gansos nadaban majestuosamente, y las notas vivas de color de los rosales, las peonías y otra gran variedad de flores exóticas estallaban en franca orgía sobre el verdor de los arriates.

Pendiente de las gruesas ramas de dos árboles se mecía levemente una hamaca, y, dentro de ella, un pequeño cuerpo de brazos rollizos y rostro bronceado por el sol californiano dormitaba como un angelote.

De vez en vez Vera echaba una fugaz mirada al dormido, sonriendo levemente, y luego, con cierta inquietud en los ojos,

recorría el perímetro de la glorieta como si buscase algo que debía encontrar en ella.

Todas las tardes, sobre la misma hora, mientras Stella, aún resentida del laborioso alumbramiento que había tenido, debido a los muchos sobresaltos sufridos, descansaba blandamente, y Texas se ocupaba de poner en orden los asuntos de la hacienda, Vera, dominada por una inquietud que no podía dominar, se retiraba a aquel manso rincón de la glorieta a cuidar del pequeño Abraham, nombre que, después de larga discusión, había sido adjudicado al hijo de Texas, como recuerdo y homenaje al gran político Abraham Lincoln, el más humano y sensible de todos los políticos de Norteamérica.

Hubo un pugilato sobre si debía llamarse Jorge como Washington, o Abraham como Lincoln, pero la votación fue decidida por Boni, que apoyó a Vera, la que, con él, debía apadrinar al heredero de los Texas.

Ya habían transcurrido dos meses desde que se celebrara la ceremonia del bautizo. Stella se reponía con cierta lentitud, pero ya se encontraba casi bien, y el vástago engordaba como un ternero y se hallaba muy a gusto bajo la tutela de su madrina, que había encontrado en atender al pequeño un remanso de paz para las inquietudes espirituales que le atormentaban.

El retorno de los héroes había prodigado la calma y la paz en el rancho. Stella se sentía ahora la más feliz de las mujeres. Daphne, camino de imitar a Stella en su misión de dar un heredero al ciclópeo Nino, había recobrado el color y la alegría, olvidando al monstruo que amenazara con truncar su vida y su juventud para siempre; y sólo Vera, triste, solitaria, realizando esfuerzos para que nadie se diese cuenta de sus interiores sufrimientos, veía desarrollarse a su lado la alegría y la felicidad, sin que pudiera mantener la esperanza de alcanzarla algún día, como la habían alcanzado aquellos seres tocados por la mano de la desgracia y arrancados de ella por la audacia, la valentía, el tesón y la nobleza de aquellos dos seres bravos como ninguno.

Sin embargo, algo vino a infiltrar en el espíritu de Vera un poco de alegría y sedante para su alma, y fue la presencia en el rancho de Born, el cual, invitado por Texas a descansar a su lado una temporada, había apadrinado al pequeño en unión de la joven, y

había establecido con ella una corriente de simpatía que hacía menos monótonas y aburridas las horas en aquel rincón paradisíaco, donde los demás tenían sus afectos, pero en el que ellos eran como dos solitarios aligustres perdidos en la inmensidad de la hacienda.

Desde el primer momento Born simpatizó con Vera y ésta con el arrojado agente, y como eran los dos únicos que no tenían allí nadie que absorbiese su interés con carácter particular, de un modo insensible se aproximaron uno al otro, buscándose por un impulso inconsciente.

Por las tardes, cuando Vera se retiraba a la glorieta a cuidar del niño para que su madre reposase la comida, Born solía presentarse en ella, alegando que su temperamento no le permitía dormir después de las comidas, y durante un par de horas distraía la tarde acompañando a la joven y contándole hechos de su campaña en la guerra con Texas, y, más tarde, de su peligroso trabajo como agente secreto del Gobierno.

Vera le escuchaba embebida e intrigada, y así, la suave amistad que se había iniciado desde el primer momento, crecía rápidamente, y Born, que había ido al rancho a pasar una temporada de quince o veinte días, llevaba en él dos meses, y no encontraba el momento de reintegrarse a su trabajo cotidiano en Washington.

Texas se había dado cuenta desde el primer momento de la atracción mutua de ambos, y a solas con Stella comentó el caso. Nada le autorizaba a suponer que pudiese existir algo superior a una buena amistad, pero ambos se hubiesen alegrado de que esta amistad pudiese cuajar en algo más sólido y sentimental para la infeliz Vera.

Para dar margen a ello, Texas había instado varias veces a Born para que prolongase su vacación. El agente se resistía o parecía resistirse a aceptarlo, pero Texas le advertía que quizá se viesen obligados a tener que actuar juntos de nueve, y esto parecía convencer a Born.

Como su licencia oficial se acabase, Texas se cuidó de pedir a Snock que la prolongase, y el secretario le remitió un oficio ampliándole su permiso de manera indefinida y hasta que Texas dispusiese si necesitaba su ayuda o no.

Born protestó de aquello, pero Jim insistió. Le daba el corazón que un día tendrían que actuar súbitamente, y estaban tan

compenetrados que no quería que ningún otro agente ocupase su puesto.

Así, Born se estaba dando una vida magnífica, y a la par, como sus quehaceres eran nulos, aprovechaba el tiempo para distraerse dando conversación a Vera y pasando a su lado ratos muy agradables.

Vera, por su parte, se había acostumbrado de tal modo a la compañía de Born, que por dos veces, cuando éste insinuó que tendría que reintegrarse a su trabajo, se sintió triste y más sola que nunca, y la reacción fue feliz al saber que de nuevo quedaba prorrogada su licencia.

Todas las tardes, cuando ella acudía a la glorieta con el niño, Born aparecía poco después, y, sentado a su lado, entablaban una charla animada, que duraba hasta que Stella abandonaba el lecho y acudía en busca de su hijo.

Pero aquella tarde Born se retrasaba, y Vera, sin saber por qué, se sentía molesta y nerviosa. Parecía como si existiese una obligación en él que se descuidaba en cumplir, y Vera acusaba con dolor el retraso.

Por fin sintió el crujido de las piedras bajo unas pisadas enérgicas, y el corazón pareció darle un vuelco en el pecho. Una oleada de carmín que pasó como una ráfaga de fuego coloreó un instante sus pálidas mejillas, y sus manos temblaron al tratar de engarzar el fino tejido de su labor.

El panorama había cambiado. Ahora se sentía hondamente satisfecha, vencida la contrariedad, y para no dejar reflejar la satisfacción que inundaba su semblante, inclinó aún más la cabeza sobre la labor.

Born apareció en la glorieta, y, acercándose al banco, trató de excusarse por la tardanza:

—Perdone, creo que me he retrasado un poco, pero Texas me dejó unos papeles para que le ayudase, y me he entretenido hasta ahora mismo.

Ella, con voz un tanto velada, repuso:

—¿Por qué ha de excusarse? Yo le agradezco mucho este rato de charla amena, que me ayuda a distraer un poco mis largas horas de tedio: pero no quiero que lo considere como una obligación. Sería demasiado…

—Bueno; quizá me expresé mal —repuso él, sentándose a su lado—. Quise decir que no me sabía bien perder la ocasión de estar un rato junto a usted.

—Muy galante —repuso ella, un poco cortada —pero no creo que mi compañía sea tan meritoria como todo eso.

—Bueno, eso lo dice porque es usted muy modesta. Yo sólo sé decirle que, en el fondo, me he alegrado de este paréntesis de descanso en mis actividades, porque aquí, sin despreciar lo grato que me es la compañía de un hombre tan excepcional como Texas, usted ha sido algo nuevo para mí. He tratado a muchas mujeres en mi vida, pero pocas veces encontré una como usted, tan amena, tan atractiva y tan simpática.

—Gracias. Tendré que decir, como compensación, que yo también estoy muy contenta de que esté usted en el rancho. A fin de cuentas, aquí todos tienen algo que les atraiga y les haga la vida grata, menos yo.

—¡Oh, no diga eso! ¡Yo he podido comprobar que le estiman a usted en alto grado!

—¡Oh, sí! No interprete mal mis frases. Yo jamás podré pagar a Jim y a mi prima todo cuanto han hecho por mí. Debían odiarme hasta lo infinito, e incluso haberse deshecho de mí, y, sin embargo, no sólo han perdonado mi maldad y mis errores, sino que me lo han pagado con cariño sin par. Todo cuanto diga para ensalzarlos es poco. Me refería a la parte sentimental. Texas y Stella se aman, y su amor es justo que sea absorbente; mi amiga Daphne, después de haber sufrido tanto como yo y de una manera injusta, ha encontrado en ese elefante con alma de niño que es Mendoza el ideal de su vida… Sólo yo cometí el error más grave de mi vida vendiéndome estúpidamente a un monstruo para llevar adelante una venganza, y el cielo me ha castigado a llevar eternamente la cruz de una vida triste y solitaria.

—Eso no puede durar mucho, Vera. Su aborrecible marido está sentenciado a morir un día u otro. No hay ley humana o divina que le salve. Ese día, quizá no muy lejano, usted quedará libre de cuerpo y alma para enderezar el rumbo de su vida, y si la suerte quisiese que ese monstruo escapase a la justa muerte, tiene usted el derecho a pedir el divorcio, que no le sería negado.

—¿Para qué? Renovaría el escándalo, saldría a relucir una

historia que quisiera enterrar para siempre en lo más hondo del olvido, y aparte esto, mis sentimientos son otros. Llevaré esa cruz a cuestas hasta que él desaparezca, y después… después seguiré llevándola en silencio, porque mi suerte ha hecho que los caminos del amor y de la felicidad me los haya cerrado yo misma por estúpida, orgullosa y soberbia.

—No diga eso. Usted es joven y bella, y siempre tendrá a sus pies quien esté dispuesto a amarla eternamente.

—¡Jamás, Born!… Yo he cambiado mucho. La mujer mala que existía en mí, murió por obra y gracia de la bondad de Texas, al que amé de modo apasionado y al que hoy sólo venero como a un hermano. Ahora tengo que extremar mis buenos sentimientos para expiar mis muchos errores, y jamás engañaría a un hombre, si me saliese al paso, ocultándole quién fui y lo que hice. Tengo por seguro de que esta historia le dejaría horrorizado y se apartaría de mí creyéndome un monstruo aborrecible.

—Yo estoy seguro de que no, Vera.

—¿Por qué puede afirmarlo?

—Pues porque…; bueno, Vera, creo que dentro de poco voy a renunciar a este descanso arbitrario que me han concedido y a reanudar mis actividades. Esto tiene que ser por muchas razones, y la más poderosa es porque yo soy uno de esos hombres que la adoraría hasta la muerte si tuviese la dicha de alcanzar su amor.

«¡No, no proteste y déjeme acabar! Yo sé que, existen muchos obstáculos en el momento presente para eso. Usted está aún ligada al matrimonio con Zenker, pero eso no es lo que más me preocupa; yo sé que Zenker acabará en la horca un día u otro y que el lazo se romperá, pero quedará detrás la diferencia de posición. Yo soy un hombre que puedo vivir cómodamente, pero no poseo millones como usted, y eso es un obstáculo muy grande para aspirar a su amor. Lo otro… lo otro no me preocuparía. Sé a lo que ha sido usted impulsada por Zenker y lo que es hoy, y el pasado para mí no cuenta, sino el porvenir. Estoy observando que el haber accedido a continuar aquí no ha sido por corresponder a la galantería de mi amigo Texas, sino porque usted me ataba de una manera poderosa; pero he estado ponderando la situación, y comprendo que cuanto más prolongue mi estancia, tanto mayor será mi sufrimiento cuando tenga que abandonarla. Su recuerdo será más atormentador cuantos

más días pasen, y como me considero un iluso que me he dejado llevar demasiado del corazón, y no he hecho caso a la cabeza, hora es que corte esta situación peligrosa.

«Pero no he podido sustraerme a la necesidad de declararle mis sentimientos; quiero que sepa por qué la rehúyo y voy a alejarme, para que en la ausencia no piense mal de mí y crea que lo hice influenciado por su vida pasada, que, como le digo, no cuenta para mí.

«Y ahora que ha escuchado usted mis sentimientos, me perdonará el atrevimiento y se dará cuenta clara de la situación violenta por que atravieso.

Vera, que le había estado escuchando con la cabeza baja y un rubor que abrasaba sus mejillas, replicó con voz velada por la emoción:

—Gracias, Born. No sabe usted lo que le agradezco esa declaración, por, lo que de noble, leal y magnánima encierra. Sus palabras me abren un cielo ante los ojos, porque alivian mi alma y me hacen ver que aún hay una posible y total redención para mí. Jamás creí que esto pudiese producirse, y usted hace que me crea recuperada en la vida y con posibilidades de salir de este pozo de sombras y angustias en el que me sumí por mí misma… Ahora, lealmente quiero decirle una cosa. Usted es un hombre simpático, atrayente, bueno y noble como pocos. Usted me ha hecho pasar horas felices, tratándome humanamente a pesar de saber lo que sabía. Mi posición y mi dinero no tienen valor ninguno en el plano sentimental. He aprendido a saber que con el dinero se compran muchas cosas, pero no la felicidad, que es el tesoro mayor. Hoy por hoy, estoy atada a un lazo terrible que no sé cómo ni cuándo podrá ser roto de una manera natural y decente; pero si así fuese y un día recobrase mi libertad y el derecho a disponer de mi vida y de mi corazón, ese día vuelva por aquí a repetirme todo eso, y yo le aseguro que le escucharé con el alma transida de alegría y sabré contestarle como corresponde. Hoy es cuanto puedo decirle.

Born, ebrio de felicidad, se levantó del asiento y, poniéndose de rodillas ante Vera, susurró:

—Gracias, Vera; comprendo su alteza de miras y su dignidad contestándome así. Es lo justo y lo noble, y lo acato como se merece. Si algo me hubiese faltado para comprobar que es usted

una criatura digna de ser amada con devoción, sus palabras sensatas, nobles y dignas me habrían acabado de convencer. Me siento el más feliz de los mortales, porque comprendo que esa declaración, no sólo es la justa, sino la que me hará saber esperar con impaciencia, pero con fe. Nada temo ya en la vida, porque sé que si usted puede ser algún día de otro hombre, ese hombre seré yo. Gracias, Vera, y sepa que le corresponderé como merece y sabré esperar y luchar porque su felicidad futura, que es la mía, llegue a ser un hecho.

Vera le oía radiante de gozo. Al fin, se estaba filtrando un verdadero rayo de luz en su vida y su claridad inundaba su alma y le hacía rejuvenecer el rosal de sus ilusiones. Tenía fe en Born, tenía fe en Texas, que se había declarado su ángel vengador, y confiaba en que un día más o menos cercano el monstruo que vigilaba su vida moriría a manos del hombre a quien había hecho más daño en el mundo, y ella gozaría de la felicidad, que creía muerta para siempre.

El balido del niño al despertarse rompió el idilio. Vera se levantó presurosa a sacarle de la hamaca, y el pequeño, al sentirse en sus cálidos brazos, pareció comprender la felicidad de ella, y sonrió agradecido.

Born suspiró:

—Vera, el día que Dios quiera que la vea levantar en sus brazos un niño como ése, pero que sea sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, creeré que el Paraíso sólo se hizo para los dos y que Dios nos lo regaló para nuestra dicha.

Capítulo II

La sombra del monstruo

BORN, cuya lealtad a Texas era inquebrantable, se apresuró a ponerle en antecedentes de la conversación que había sostenido con Vera, y Jim, cuando lo supo, exclamó, muy contento:

—Bueno, Born; no sabe usted lo que me alegro de que la cosa haya quedado aclarada en esa forma digna y leal. Ahora le puedo decir que eso lo sabía por adelantado hace ya bastante tiempo y que he tratado de contribuir a que cristalizase en algo positivo para el porvenir. Es por esto por lo que solicité de Snock que prolongase su permiso indefinidamente. Me dolía que pudiese tener que marchar sin completar esa digna obra, que si para ella es un paraíso de dicha, para usted lo será también. Yo he estudiado a Vera, y sé que ha cambiado tanto, que será una esposa digna y una mujer tan buena como la primera.

—Gracias, Texas; si consigo lo que anhelo, sé que a usted se lo deberé en gran parte; sin esa ayuda oculta que yo no había sospechado, nada se hubiese conseguido. No sabe usted lo que bendigo la ocasión que me puso a su lado para trabajar en su compañía.

—Se lo merecía usted, Born. Ha sido el colaborador más eficaz que he tenido nunca. Nino es algo formidable cuando hay que esgrimir un arma y andar a tiros, pero cuando el ingenio debe trabajar en primer término, sólo sabe dejarse conducir. Aún espero que el destino nos ligue en un trabajo común. Esto no ha terminado.

—¿Teme usted que la secta de señales de vida?

—No; al menos de momento. Su cabeza visible ha sido ya colgada; los principales brazos han sido quebrantados en una poda formidable… Tardarán mucho en rehacerse; pero queda una raíz terrible que es capaz de mucho. La huida de Zenker ha dejado incompleto el trabajo.

—Nadie como yo lo siente ahora, Texas; pero fue más listo que nosotros. Yo desconocía la casa de la artista y no sospeché que la escalera para incendios le sirviese para huir. Así que la descubrí, practiqué un minucioso registro en toda la manzana, y sólo logré encontrar la barba y la peluca escondidas en la corraliza de un bar. El granuja estaba bien preparado para transformarse.

—No conoce usted aún bien a nuestro enemigo. Es un ángel del mal.

—Y, sin embargo, quisiera conocerle personalmente y pronto. Ahora es el único obstáculo que se levanta frente a mi dicha, y tengo que eliminarle sea como sea. No viviré más que para ello, y, si es preciso, pediré mi baja en el departamento de investigación y me consagraré personalmente a buscarle por toda Norteamérica.

—No conseguiría nacía. Deje las cosas estar un poco tiempo. Zenker no es de los que abandonan una idea, por muchos fracasos que sufra. Yo estoy en guardia, porque sé que un día surgirá algo gordo, y, si surge, tenga por seguro que detrás del telón estará él accionando.

—¡Ojalá sea pronto, aunque trate de hacer estallar la Nación como un mortero! Ese día le seguiré la pista pegado a la tierra y no pararé hasta dar con él.

—Bien; de momento, creo que nada se puede hacer. Voy a dar cuenta a Stella de su acuerdo con Vera. Sé que esto le hará tan dichosa como usted y Vera puedan sentirse.

Poco después, Stella penetraba en el despacho con el niño en brazos. Su rostro se había coloreado intensamente y una sonrisa de inmensa satisfacción iluminaba su semblante.

Jim, al observarlo, sonrió, y dijo:

—¡Oh, Stella! Me alegra que vengas; tengo algo muy grato que comunicarte… Será para ti una gran alegría…

—No lo dudo, querido; pero creo que no será tanto como lo que yo tengo que comunicarte a ti.

Él sonrió y dijo:

—Llegas tarde, Stella, y creo que yo también llego lo mismo… ¿Quién te lo ha dicho?

—¿El qué? —preguntó ella, asombrada.

—Lo que vienes a decirme.

—Pues… Vera… ¿sabes?…

—Acaba de salir de aquí Born y me ha contado, todo.

—¡Oh! Y a mí me lo ha dicho Vera… Nunca la he visto tan feliz como hoy. Me alegro por los dos y por mí. Sufría lo indecible viéndola tan sola, cuando la felicidad y el amor nos rebosaban a todos.

—Yo confié siempre en que eso llegaría algún día. Lo que no supuse fue que sería yo quien se lo traería a la mano como una compensación.

Stella se puso seria, afirmando:

—Lo malo es que… esa felicidad está sombreada aún de negros nubarrones…

—Sí, pero la tormenta tiene que estallar, querida. Zenker dará señales de vida pronto, y… espero que por fin caiga en nuestras manos y todo quede liquidado.

—Eso es lo que me asusta, Jim, que tengas que volver a correr nuevos y terribles peligros. Ahora ya no es sólo, por mí, sino por nuestro hijo.

—Dios sabrá protegerme, Stella. Hasta ahora lo ha hecho, aun en los trances más terribles.

—Pero la suerte puede variar en un momento. Daría media vida porque esto se hubiese terminado y tener asegurada la felicidad de la otra media.

—No te preocupes, querida; ya verás cómo todo acaba con bien.

Al día siguiente, Born les sorprendió anunciando que regresaba a Washington.

—¿Por qué así, Born? —preguntó Texas.

—Usted debe comprenderlo, Jim. Todo lo que podía

aproximarnos a Vera y a mí se ha conseguido; pero de ahí no se puede pasar de momento.

No es elegante que yo continúe en el rancho a su lado con semejante impedimenta. Lo digno es que me ausente y trabaje en favor de nuestra causa. Yo no debo, en buena ley, echar leña a una caldera que está al rojo y pudiera explotar. Espero que me comprenda.

—Perfectamente, Born. Lo difícil está logrado. Vuélvase a Wáshington, que si algo surgiese yo me apresuraría a reclamarle. ¿Qué dice Vera?

—Está de acuerdo conmigo. Lo hemos discutido serenamente, y me ha agradecido la iniciativa. Esto no enfriará el afecto que nos une para siempre.

—Perfectamente. Lamento su ausencia, pues me he acostumbrado tanto a tenerle a mi lado, que sé que le voy a echar mucho de menos; pero comparto sus puntos de vista. Algo me dice al corazón que la ausencia no será larga.

—¡Ojalá acierte, si es para intentar rematar nuestra obra!

Born se ausentó, y transcurrió un mes sin que nada anormal turbase la tranquilidad del rancho. Born escribió varias veces, no sólo a Vera, sino a Texas, anunciándole que trabajaba con ahínco buscando alguna pista de Zenker, pero sin resultado práctico, cosa que le tenía desesperado.

En la hacienda todos vivían tranquilos, menos Nino. Su mujer se encontraba próxima a darle un heredero, y el mejicano, más nervioso que el rabo de una lagartija, no hacía nada a derechas y se pasaba el día renegando y maldiciendo todo lo maldecible, porque le parecía que el fausto suceso se retrasaba siglos.

El saberse próximo a tener un heredero que llevase su sangre le volvía demente, y se pasaba el día haciendo proyectos sobre la educación que le iba a dar y lo que en el porvenir iba a ser.

—Bueno va, ¡maldita sea Jalisco! —monologueaba—. Éste sí que se tiene que destetar con un «Colt», como me llamo Nino Mendoza. Va a manejar un arma mejor que Búfalo Bill y no va a haber nadie en toda California que se atreva a mirarle de través sin jugarse la vida o así idiotamente.

Stella, que se había brindado a ser la madrina, le cogió un día a la puerta del rancho para decirle:

—Bueno, Nino, tenemos que ir pensando en cómo vamos a llamar a ese elefante que va a heredar tu temperamento salvaje. He discutido el caso con Jim, y éste opina que, puesto que al nuestro le hemos puesto Abraham, en memoria de Lincoln, al tuyo le debemos llamar Jorge en memoria de Washington. Los dos han sido los hombres más grandes de nuestra patria.

Nino se llevó las manos a la cabeza con cómica consternación, exclamando:

—¡No, manita Stella, por la Virgen de Guadalupe! Eso, no. Ni Jorge, ni Abraham, ni nada por el estilo, ¡maldita sea Guadalajara! Mi abuelo se llamó Nino y mi padre Nino y yo Nino, y toda nuestra repajolera descendencia se llamará así.

—Pero Jorge es un nombre muy bonito y célebre.

—¡Repinto! ¿Y Nino no lo es? A mi abuelo le ahorcaron por hacerse demasiado célebre cuando luchaba contra el virrey; a mi padre le fusilaron por célebre durante la guerra de la independencia, y a mí…, bueno va, a mí no me fusilaron porque conseguí pasar la frontera, pero también era célebre en Sonora…

—Y ¿qué quieres? ¿Que tu hijo se llame Nino, siga la tradición, se haga célebre a tu manera y le cuelguen un día por pistolero?

—Eso no, ¡qué va!, ¡maldita sea Jalisco! Mi hijo podrá ser pistolero, pero colgarle…, primero tendrían que colgar a su padre, y eso no es tan fácil, creo yo.

—Bueno, bueno; si te va a costar un disgusto, dejémoslo así. Se llamará Nino como su padre, y le colgarán un día como al célebre de su bisabuelo…

Pero las ilusiones de Nino se vieron fallidas días más tarde, cuando la rama de los Nino quedó rota al dar a luz Daphne una preciosa niña, gorda como su padre, con el pelo negro y ensortijado como su padre, pero con los ojos verdes y expresivos como su madre.

Nino puso el grito en el cielo al sentirse defraudado. No concebía que el sexo se hubiese cambiado, y se rascaba la espesa pelambrera preguntándose cómo diablos la iba a llamar y qué iba a hacer con ella cuando fuese mayor.

Stella, muy divertida al observar su cómica indignación, le decía:

—Bueno, Nino: y ahora, ¿qué?… ¿Qué opinas que debemos

hacer con ella para que sea digna de la horca, como todos sus ascendientes?

—¡Oh!… Pues… ¡caray! El diablo que lo sepa… Ustedes me han hecho trampa… creo yo… ¿Para qué infiernos me va a servir a mí esa muñeca, si no puedo enseñarle a manejar el «Colt», a tirar el lazo y a partirse el pecho o así a puñetazos con el primero que la ofenda?

—Le puedes enseñar a ser una mujercita buena y cariñosa como su madre… Si no existiesen mujeres, ¿qué sería de vosotros, los buitres sanguinarios que no pensáis más que en matar y destruir? Dios te ha castigado por salvaje, privándote del placer de educar un nuevo matador de hombres. Ya está bien con los que hay, y si todos los que sienten el ansia de matar y destruir se acabaran, no perdería nada el mundo… ¿Cómo se llamaba tu madre, Nino?

—¡Oh! Pues… Guadalupe. ¿Cómo se iba a llamar?

—¿También se llamaron Guadalupe tu abuela y tu bisabuela?

—También. ¿Para qué variar, digo yo? ¡Si es un nombre muy bonito!

—Conformes. Pues tu hija se llamará Guadalupe. No hay más que hablar.

—¡Oh, eso ya está bien, manita Stella! ¡Maldita sea Sonora!; ¡Y yo que no había caído o así en ello!

—¿Ves? Guadalupe Mendoza… Un nombre muy lindo y muy hispano—californiano. Luego, siguiendo la tradición, se casará con un ilustre ranchero descendiente de algún virrey, y Nino Mendoza se verá convertido en un personaje de la región… Posiblemente por ley de parentesco le nombre alcalde de Sacramento, registrador de la Propiedad en San Diego…

Nino, que la escuchaba envanecido, interrumpió:

—¡Oh, no, eso no!… Yo, la verdad; si pudiera ser…, pues me agradaría mejor ser gobernador, ¿no le parece, manita? Yo creo que manito Texas, con la influencia que tiene, pues… podría hacer algo para que…

—¡Oh, desde luego! —afirmó Stella, riendo ante la infantil vanidad de Nino—. Yo hablaré con Jim de eso, y podemos empezar a hacer gestiones. Esas cosas hay que tomarlas con tiempo. Ten en cuenta que tendrás muchos competidores.

—Bueno; pero si los eliminamos a tiros entre manito Texas y yo,

pues… la cosa resultaría más fácil.

—¡Oh, claro! Si acabáis con todos los aspirantes, pues no habrá oposición alguna; eso es lógico, creo yo.

Envanecido, se separó de Stella con un gesto cómico de énfasis que obligó a la joven a romper a reír con estrépito. Nino se estaba ya dando cuenta de su futura importancia y empezaba a ensayar su papel de primera autoridad en el Estado.

Estos pequeños incidentes distrajeron un tanto la monotonía de la vida del rancho, hasta que, quince días más tarde, un telegrama dirigido a Texas hizo que el rostro de éste se endureciese.

El telegrama estaba firmado por Snock, y decía:

«Concedidos quince días de vacaciones, llegaré a tu rancho pasado mañana. Voy a conocer al nuevo heredero, y espero me acojas durante una semana».

Texas adivinó que el viaje del secretario de Estado no obedecía al deseo de pasar un par de semanas de asueto en la hacienda, aunque lo tenía bien ganado. El trabajo a desarrollar siempre era intenso y continuado, y abandonar durante tanto tiempo sus tareas en la Casa Blanca era para él síntoma de que algo grave tenía entre manos que no se atrevía a exponer por escrito.

Quizá temiendo que esta vez Texas se negase a correr nuevas aventuras, se había decidido a visitarle en lugar de mandarle llamar. Snock tenía la plena seguridad de que, al final, Jim terminaría por acceder a secundarle, renunciando a su comodidad, e incluso exponiendo una vez más la vida.

También Stella pareció adivinar el motivo oculto del viaje del secretario, pues no dudó en exponer sus temores, pero Jim se apresuró a intentar desvanecerlos. Si realmente había algún motivo oculto en aquel viaje, cuanto más tardase en salir a la luz mejor para la tranquilidad de ella.

Como lo había anunciado, dos días más tarde llegaba al rancho. Parecía cansado y agotado, y en sus rasgos se notaba la huella del

exceso de trabajo.
Texas, solícito, exclamó:
—Querido Snock, creo que no has podido hacer nada mejor que venir aquí. Has trabajado demasiado te estás matando lentamente. Espero que una temporada larga aquí te rejuvenezca.
—Es cierto, pero… puedes creerme que he tenido que realizar un verdadero esfuerzo para poder venir. A no ser por… Bueno, de todas formas me hacía falta, y he cerrado los ojos para poder abandonar un trabajo que, por ser tan personal, es difícil traspasar a nadie.
Texas se lo llevó a su despacho y, cerrando la puerta para no ser oído, exclamó:
—Bueno. Snock, a mí no tratarás de engañarme. Observo que te hacía falta un buen descanso; pero, como te conozco, sé que no es tu salud lo que te ha impulsado a venir. Espero que me digas claramente el motivo, antes de que Stella pueda sospechar la verdad.
Snock se quedó un momento pensativo, y replicó:
—Lo siento, Texas… No te he querido llamar a Washington por temor a que no te desplazases hasta allí. Estás en el momento cumbre de tu vida feliz, y es muy natural que te resistas a truncar esa felicidad y, sobre todo, a correr nuevos y serios peligros. Yo sé que hemos abusado hasta lo infinito de ti de tu bondad y de tu patriotismo; pero créeme que, por más que me he estrujado el cerebro buscando una persona que pueda substituirte, no la encuentro. Tengo algunos agentes magníficos, el mismo Born es un elemento formidable, pero no solo y por su propia iniciativa. Como auxiliar de un hombre como tú, es algo ideal, pero como director para una empresa de esta envergadura no daría de sí lo que tú…
Texas, muy serio, preguntó:
—Bueno, Snock: y el día que yo me muera, ¿qué va a suceder? ¿Es que entonces se van a terminar los hombres aptos y de valor para resolver los problemas, por graves que sean?
—Tienes razón en protestar, Jim, lo reconozco. Parece como si me hubiese acostumbrado a cargar sobre tus hombros todo el peso de los sucesos graves de la Nación, y, por temor a probar la capacidad de otro, no quisiera hacerlo… Creo que hay algo de eso, pero la cosa es tan grave y urgente, que no me da tiempo a probar a

nadie. Si fracasase por falta de iniciativa, por poca práctica, por lo que sea, el problema revestiría una gravedad tal, que de no haber sido tú el que llevara todo el peso del terrible asunto.

—Pero «Ku-Klux-Klan» no hay más que uno, querido.

—Te equivocas, Texas; hay más.

—No te entiendo.

—Te olvidas de que existe en la Nación otra secta tan peligrosa como ésa, aunque sea algo menos reducida. Me refiero a «Los Ángeles Exterminadores» de la secta de los mormones.

Texas sintió un estremecimiento en la medula. Realmente, había olvidado a los danitas y no ignoraba que eran unos elementos tan sanguinarios y terribles como podían serlo «Los Hijos del Diablo».

—¡Me asustas, Snock! —replicó—. ¿Qué pasa con los mormones?

—Algo muy grave, Jim. Como no ignoras; ante el clamor general de toda la Nación, se ha intentado dar un golpe decisivo a la bigamia, y el gobernador del Estado dictó, en nombre del Gobierno, las órdenes precisas para abolir esa lacra y perseguir a los bígamos. Brigham ha conseguido huir de la ciudad del Lago Salado, seguido de muchos de sus adeptos, pues se le buscaba para encarcelarle. Parece que han encontrado algún refugio en los más abruptos lugares de Utah. Esto no nos importaría, si se resignase a hacer vida de nómada escondido en su madriguera; pero cuando parecía que el golpe había surtido efecto y que los mormones estaban desorganizados y vencidos, han empezado a surgir «Los Ángeles Exterminadores», esos ángeles del Averno que están sembrando el terror en la comarca. Han dado golpes de mano de una audacia increíble, se han apoderado de personas valiosas, entre otras, de la esposa y la hija del secretario del jefe de Justicia, y las «razzias» que están llevando a cabo son terribles. Hemos enviado un buen número de policías conocedores de la región, y nos han matado a muchos de ellos, sin conseguir descubrir nada práctico, y me temo que haya que movilizar una parte del Ejército para batir la región, dando con ello una sensación de impotencia que sería lo preciso para provocar una mayor inquietud en el país. Yo sé algo de los procedimientos de Brigham; conozco que es solapado, tortuoso y tozudo, pero… lo que está sucediendo me da la sensación de que escapa de sus dotes organizadoras. Es algo más sutil y astuto, algo diabólico de lo que

jamás ha dado pruebas, y esto me hace sospechar que no es su cerebro el que trabaja sólo, aunque después sea su mano la que ejecute, por medio del ascendiente que posee sobre sus súbditos… No sé cómo explicarte…

—No te molestes —replicó Texas, excitado—. Sospechas que el cerebro diabólico que trama todo eso sea el de ese maldito Zenker.

—Justamente. Me ha costado mucho trabajo aceptar esta conclusión, pero me he visto obligado a llegar a ella, y si esto es así, como comprenderás, los hombres de que dispongo carecen de la talla suficiente para dar la batalla a ese genio del mal. Sólo tú, con tu sagacidad, con tu inventiva, con tus métodos, especiales y tu valor, puedes intentar algo.

—Comprendido. Me brindas la ocasión de desquitarme de una vez de los fracasos que he sufrido frente a él.

—Fracasos, ninguno, Jim. Tú has triunfado siempre en la lucha con ese reptil.

—Pero siempre se me ha escapado de las manos… Escucha, Snock: había decidido no intervenir más en sucesos peligrosos, y no por cobardía personal, sino porque tengo una mujer y ahora un hijo, que poseen el mismo derecho que los demás a ser felices y a conservar para ellos la vida de quien lo es todo para la suya. Sólo me va a obligar a quebrantar este propósito una cosa; no la satisfacción de un desquite con él, pues mientras no se decidiese a atacarme de nuevo, a mí o a los míos, nada me importan sus actividades; pero tengo que redondear mi obra bienhechora procurando la felicidad que yo gozo a Vera Spack. Vera está enamorada de Born y éste de ella. Sólo se interpone en esta felicidad, a la que ambos tienen derecho, la vida de ese monstruo, y tengo que arrancársela para que Vera se vea libre de esa cadena de infierno que puede truncar su dicha, y pueda ser tan feliz como su prima y como yo. Sólo esto, entiéndelo bien, va a moverme a iniciar una nueva serie de aventuras, en la que me voy a jugar todo lo que de más valor hay para mí en la tierra.

—Bien, Jim; comprendo tus sentimientos y los comparto. Créeme que, de no haber tenido el presentimiento de que está mezclado ese monstruo en el asunto, hubiese probado fortuna con cualquier otro; pero, siendo cosa de Zenker, no hay nadie que pueda oponerse a él más que tú, aparte de que si alguien tiene derecho a

dar fin de él eres tú. Muchas cosas tendrá la gente que vengar en él, pero tú tienes que cobrarte el rapto de tu mujer. Él fue quien estuvo a punto de haceros los dos seres más desgraciados del mundo.

—Está bien; tendré que librar antes una ruda batalla con Stella para convencerla, pero lo haré. Me alegraría tener a mi lado a Born.

—Mañana llegará, Jim. Le he hablado del asunto, y está loco de alegría por poder intervenir en él. De no aceptar tú, se sentía capaz de emprender él solo la lucha.

—Me alegro. Es un auxiliar muy valioso. Con Nino y él, espero resolver muchos obstáculos.

La labor de dar a Stella la noticia de la próxima marcha de su marido fue un trago que, a pesar de buscarle mil revueltas para suavizarlo, no sirvió de nada. La joven, apenas vio llegar a Snock, adivinó la verdad de su impensado viaje, y así, cuando Texas empezó a insinuar algo durante la comida, Stella, palideciendo, exclamó:

—Texas, por lo que más quieras, no pienses en volver de nuevo a las andadas. Ahora no es mi egoísmo personal el que me dicta suplicártelo; es en nombre de nuestro hijo en el que te tengo que pedir que no corras nuevos peligros. Nadie amenaza nuestra paz y felicidad, y es tonto ir a buscar lo que no tenemos.

Texas, que se reservaba el argumento más sólido para convencerla, dijo:

—Querida, tienes razón, pero olvidas algo que te obligará a aceptar esto como irremediable. Yo he luchado fieramente por nuestra felicidad común y he conseguido hacer la mía y la tuya, la de Daphne y la de Nino, pero hay alguien que, sumamente agobiada por la pena, sufre en silencio y no puede ser feliz mientras ese monstruo aliente. Su sombra flota sobre ella, impidiendo la felicidad que, como tú y como yo, tiene ahora al alcance de su mano, y, si hemos de ser dignos unos de otros, a mí me toca completar la obra y realizar por ella lo que se merece y lo que sé que tú anhelas vivamente.

Stella se mordió los labios y, bajando la cabeza, murmuró:

—Bien, tienes razón… No debemos ser tan egoístas que sólo pensemos en nosotros porque tenemos lo mejor y tememos perderlo. Hay que sacrificarse por los demás y repartir lo malo y lo bueno. Tú ganas esta vez, Jim.

—Ya sabía yo que habías de reconocerlo así, Stella. Le he advertido a Snock que esta vez lucharé solamente por Vera; si no…, lamentándolo mucho, me hubiese abstenido.

Nino no recibió la noticia del viaje con la alegría de otras veces. No era el miedo el que le movía a no sentirse a gusto con el peligro; era la novedad de verse padre de aquel muñeco de ojos negros y pelo rizado como él, que le tenía convertido en un pelele todo el día, sin acertar a desprenderse de Guadalupe.

Un poco mohíno, gruñó:

—¡Al diablo ese sapo, manito!… Si él no tiene agallas para venir a buscamos o así, ¿por qué hemos de ir a buscarle nosotros? Dejadle que se pudra mordiéndose el veneno que tiene en la sangre, ¡maldita sea Jalisco!

Texas, despectivo, exclamó:

—Bueno, Nino; si tienes miedo, eso ya es otra cosa. Con gente cobarde no quiero nada. Me las arreglaré con Born, que tiene sangre más caliente que tú en las venas.

El mejicano dio un respingo, gruñendo:

—¿Más que yo? ¡Maldita sea su figura de espárrago!… Quisiera verlo, ¡repinto!… Vamos a ir donde tú quieras, y si pisa una raya más lejos de donde yo pise, me dejo chamuscar el bigote o así, que es lo que más quiero de mi persona. Un hombre que va a ser gobernador de California cuando su hija se case con el ranchero más rico del Estado, no puede tener miedo a un pringao tiñoso como ése.

—¡Oh, sí, claro! Pero para llegar a ser gobernador hay que hacer méritos, Nino. Un servicio de esa categoría a la Nación te da derecho preferente sobre tus rivales.

—¡Diablo! ¿Tú crees?

—¿Cómo, que sí creo? Estoy seguro; pregúntale a Snock.

—Bueno va; me basta que tú lo digas. Vamos cuando quieras, y te juro que cuando me den el nombramiento voy a poner la piel de ese sapo delante de la mesa de mi despacho para que la gente se de cuenta de lo que soy capaz… Esta vez no volvemos al rancho sin traernos las orejas de ese buitre para colgarlas a la puerta de la cerca.

Al día siguiente llegó Born, muy satisfecho de volver a empezar la lucha contra el monstruo, y dos días después partían para la

ciudad del Lago Salado. Ellos iban alegres y animosos, pero en el rancho quedaban tres mujeres atribuladas, rezando entre sollozos para que Dios velase por la vida de aquellos héroes abnegados.

Capítulo III

Zenker prepara sus trampas

LA Big Mountain es uno de los últimos componentes del gran macizo que forman las Montañas Rocosas. La Big está a unas quince millas de Salt Lake City, la ciudad de los mormones, y por su cima corre el llamado Cañón del Eco, un enorme paso, liso como la palma de la mano, de una largura de veinte millas, y que parece partir por el centro el enorme conglomerado rocoso.

Más lejos, a doscientas millas, está el célebre Paso del Sur, la ruta que Carson y otros guías tan formidables como él tuvieron que escalar para abrir el paso hacia Oregón, y desde El Paso hasta la ciudad del Lago Salado corta el terreno como una monstruosa espina dorsal de doscientas millas la parte descendente de las Montañas Recosas.

Éstas, por su configuración abrupta y grandiosa, fueron siempre propicias como escondite ideal para todos los salteadores y pistoleros, que durante una época bastante dilatada tomaron aquel lugar como campo de sus hazañas. Siendo el único paso obligado para las diligencias de «Hilliday y Compañía», que hacían el recorrido desde San Joseph de Missouri hasta California, acechaban el paso de los vehículos para asaltarlos y expoliarlos, después de

haber suplantado a los indios en estas delicadas tareas de rapiña; y por si los salteadores de oficio no habían sido bastantes para ejecutar aquella preciosa labor, los mormones habían echado una mano a tal tarea, supliéndoles en muchas ocasiones.

Cada vez que el belicoso Young Brigham se sentía inquieto y trataba de crear conflictos al Gobierno de la Nación, si las cosas se ponían feas para él y sus más destacados satélites, apelaba al socorrido truco de refugiarse en la Big Mountain, donde sus adeptos le habían procurado un refugio tan bien escondido que era difícil dar con él.

Así, cuando en 1873 se rebeló contra las disposiciones del Estado aboliendo la poligamia, y vio que carecía de fuerzas para oponerse por la tremenda, abandonó calladamente su trono y fue a esconderse a las montañas, pero no con la idea de hacer vida de ermitaño y resignarse a acatar las órdenes superiores, sino con la idea de dar la batalla solapadamente, como cualquier cuadrilla numerosa de bandidos.

Para ello contaba con algunos miles de fanáticos, entre ellos una escogida partida de rufianes llamados pomposamente «Los Ángeles Exterminadores», los cuales; según los mormones, son los santos del Último Día, escogidos por su exótica iglesia para eliminar del mundo a los ciudadanos que, además de no creer en su arbitraria religión, podían causarles alguna molestia.

La santidad de estos elementos era tan discutible, que no admitía discusión. Rapaces, sanguinarios, faltos de escrúpulos y moral y de un temperamento salvaje, servían a maravilla los intereses del patriarca de su religión, y a la más leve orden acudían, como lobos al botín, allí donde eran mandados para ejecutar las más atroces barbaridades sin remordimiento de ninguna especie.

Una mañana de principios de otoño, en uno de los lugares más intrincados de la Big, en una espaciosa cueva a la que se había dotado de todas las posibles comodidades, se hallaba el patriarca de los mormones acariciándose sus largas barbas con desmayo y muy preocupado, porque, además de haber perdido su trono y verse reclamado por las autoridades para sufrir prisión, no había podido llevarse con él más que media docena de sus más favorecidas esposas, habiéndose visto obligado a abandonar el resto hasta las sesenta, y, con ellas, un verdadero ejército de críos que formaban su

numerosa descendencia.

Junto a él, sentado en un tosco taburete, se hallaba un individuo de unos treinta y cinco años, fuerte como un toro, de mirar duro y frío y de mentón enérgico. Era un tipo con perfil de ave de rapiña, que parecía absorber la blanda silueta del patriarca, aunque éste no era precisamente una mariposa soñadora.

Ambos se hallaban discutiendo la situación y estudiando los medios más convenientes para resolverla.

Oliverio Zenker —pues él era el tipo carnívoro que discutía mano a mano con el jefe de la secta —afirmaba con energía:

—Señor, yo le he hecho una promesa y soy capaz de cumplirla. He perdido mucho tiempo hasta poder llegar a su lado y hacerle comprender quién soy y cuál es mi poder, y esto ha ido en perjuicio de su causa; pero todo se puede arreglar con una mano dura y con decisión y osadía para obrar.

«Usted es tan conocido aquí, que no se puede mover de este escondite sin peligro de ser reconocido y encarcelado, pero yo estoy en distintas circunstancias. No me conoce nadie en este sector, y puedo entrar y salir en Salt Lake City sin que nadie se fije en mí, ni sospeche mi intervención en este asunto. De esta manera puedo averiguar muchas cosas importantes, saber lo que se prepara, estar al tanto de las medidas y estudiar los posibles golpes a administrar.

«No me negará que, merced a mi iniciativa, tenemos en nuestro poder unos cuantos rehenes que han parado un golpe serio contra usted. Sin ellos, sin el temor a que puedan desaparecer, seguramente ya habrían intentado una batida contra las montañas para apresarle y deshacer la secta, pero esto no basta. Tenemos que sembrar tal terror, que se acobarden y sean ellos los que busquen una fórmula de transacción, que sólo puede consistir en que respeten su religión y sus costumbres, y no se metan en una cosa que está instituida hace tiempo y con la que todos ustedes están de acuerdo.

Young, que le escuchaba acariciándose la barba con dulzura, exclamó:

—Bien, señor Lane; reconozco que me ha prestado usted algunos servicios inestimables y que su energía es capaz de prestarme otros análogos; pero hay algo que quisiera saber antes de confiarle plenamente el mando de mis hombres en representación mía.

—Dígame lo que es.

—Sencillamente, saber qué medro personal busca usted en este asunto, puesto que ni es mormón ni aspira a poseer una docena de mujeres bonitas y cariñosas.

—Se lo voy a decir y lo comprenderá, porque he de advertir que lo que yo busco con ahínco es algo que le afecta a usted tanto como a mí.

«Siempre que se produce una situación como ésta y hace falta alguien de condiciones excepcionales para tratar de conjurarla, el Gobierno apela a un solo hombre, en el que posee confianza ciega. Este hombre, el elemento más terrible de toda la Nación, acude al llamamiento, y con una audacia sin límites se dedica a perseguir las raíces del mal, hasta acabar con ellas. Yo he luchado con él varias veces, y la última hubiese cortado para siempre sus actividades, si hombres poco precavidos no hubiesen obrado alocadamente, fiándose de elementos de que no debían fiarse. Usted habrá oído hablar del fin que acaba de tener el gran jefe del "Ku-Klux-Klan".

—Sí, por cierto.

—Pues ahora viviría y se estaría riendo de su enemigo si idiotamente no se hubiese confiado de una mujer, que se vendió al enemigo por dinero y le llevó a la horca.

»Yo lo tenía todo bien preparado para su éxito cuando estaba con el agua al cuello, y él se zambulló en el lago con las manos atadas. Esto sirvió a su enemigo para vencerle y llevarle al sepulcro, y por su culpa yo estuve a punto de correr la misma suerte, aunque, menos confiado, vivía alerta, y pude escapar.

«Si he venido aquí a ayudarle, es porque estoy seguro de que con la fuerza de "Los Ángeles Exterminadores", no sólo podremos vencer para su causa, sino que yo podré vengarme haciendo desaparecer para siempre al hombre terrible que todo lo intenta y casi todo lo puede.

—Bien; pero ¿quién es ese poder tan extraordinario?

—Se llama Jim Texas y fue capitán confederado.

—¡Oh, sí, he oído hablar mucho de él!

—Pues bien; oirá hablar más y más desagradablemente si interviene en este asunto y se propone cazarle y entregarle a esa figura decorativa que oficia de gobernador en Utah. Se lo dice a usted un hombre que le conoce como nadie.

—Cuento con unos millares de hombres para impedirlo.

—El «Ku-Klux-Klan» contaba con muchos millares más, y no logró salvar a su jefe. No es la fuerza, sino la astucia la que puede vencerle.

—Bien; no merece la pena discutir el caso. A mí solamente me interesa volver a Salt Lake City a ocupar mi puesto de jefe de la secta y que nos dejen tranquilos con nuestras costumbres. ¿Por qué han de impedirnos casarnos sesenta veces sí ellas no se oponen?

—Se conseguirá si yo tengo libertad para disponer y organizar. A pesar de todo, cuento con elementos fuera de aquí que me secundan. Son miembros destacados de nuestra antigua organización que luchan con entusiasmo por reorganizarse y vengarse. Yo estoy seguro de que Texas se verá obligado a desplazarse aquí, y, en cuanto lo haga, tengo vigilantes que registrarán sus movimientos y me avisarán para que esté prevenido antes de que llegue, si lo intentase…

En aquel momento, uno de los hombres que servían de enlace entre los que quedaban emboscados en la ciudad y los que se habían refugiado en la montaña, llegó reventando caballos, portando un telegrama. Estaba dirigido a un nombre imaginario que Zenker había dado para poderle telegrafiar a la ciudad del Lago Salado. Apenas lo tomó entre sus manos, dijo, triunfal:

—Apostaría la cabeza contra un dólar a que aquí me dan noticias de nuestro enemigo:

Rasgó el despacho, leyendo:

«Jim salió esta mañana con dirección a ésa, con sus dos compañeros.

«Walter».

Entregó el telegrama a Young, el cual, tras leerle, exclamó:

—Es usted el diablo adivinando. Bien; veo que el peligro aumenta y que yo sólo puedo disponer desde aquí, pero no ejecutar. Le concedo el mando directo de mis hombres, siempre que actúe de acuerdo conmigo.

—Aceptado. De momento, me voy a la ciudad. Debo estar allí cuando lleguen, para organizar el primer ataque… Desaparecido tan terrible elemento, lo demás será fácil.

Lleno de nerviosismo, montó a caballo, y a todo galope se dirigió al poblado. Era un viaje largo y pesado, pero no tenía otro medio de realizarlo. Esperar la diligencia le haría perder tiempo, y, por otra parte, no quería darse a ver más que lo preciso.

Caía la tarde cuando llegaba a la ciudad. Tenía que actuar con rapidez para tenerlo todo en orden antes de que los viajeros llegasen al poblado. Seguramente aún tardarían un día más, tiempo justo para organizar sus planes.

Salt Lake se hallaba tranquilo, al parecer. La huida de Young había apagado mucho los ánimos, y los pocos adeptos que continuaban en la ciudad procuraban permanecer escondidos ante el temor de sufrir prisión, pero Zenker sabía dónde localizar los elementos más valiosos y decididos, entre los que aún permanecían allí.

Se dirigió directamente a una calle de los arrabales, y, llamando de un modo particular, le fue franqueada la entrada. La casa pertenecía a uno de los «ángeles exterminadores», que poseída una herrería en el mismo edificio.

Se trataba de un tipo barbudo y patibulario, hombre feroz y sanguinario, encargado de preparar los ataques más rabiosos y audaces de cuantos se llevaban a, la práctica. Controlaba a todos los elementos útiles de la secta y poseía tanto valor como audacia para intentar cualquier golpe.

Al reconocer a Zenker, preguntó:

—¿Cómo está nuestro patriarca, señor?

—Bien; rabioso por no contar con elementos suficientes para barrer esa polilla del Gobierno.

—Young sabe que cuenta con hombres como yo, fieles y valientes.

—Pero ¿son todos iguales? De poco sirven unas docenas contra tantos.

—Si no tuviéramos el temor de que nos iban a mandar tropas con cañones…

—De eso ya hablaremos, Lorit; yo sé dónde se puede dar un golpe de mano y apoderarnos de algunos cañones y muchas armas.

—Y yo tengo bastantes hombres que me seguirían al Infierno para apoderarnos de ellas.

—A su debido tiempo se hará, Lorit. Ahora, lo que interesa es desarticular un complot que existe para apoderarse del patriarca. Esto es lo interesante.

—¿Dónde están eses cochinos?

—No tardarán en llegar a Utah; Lorit, necesito que busques una docena de hombres decididos y valerosos y los reúnas. Mañana necesitaremos de ellos.

—Estarán reunidos. ¿Qué deben hacer?

—Escucha: mañana se repartirán por la estación y vigilarán todos los trenes que lleguen. En uno han de venir tres individuos fácilmente reconocibles. Uno de ellos es mejicano, grande y gordo como un elefante, con un bigote muy provocativo; otro, es un tipo alto, fuerte, de unos treinta y cuatro años, moreno y rasurado, y el otro es alto, delgado, también moreno y con bigote negro recortado. Los tres forman una sola voluntad y un solo esfuerzo y son peligrosos como un nido bien repleto de serpientes de cascabel.

»Nada debéis hacer en la estación, porque os descubriríais y seríais apresados. Debéis seguirles y anotar dónde tratan de hospedarse o hacia dónde se dirigen, y cuando lo sepáis venís a darme cuenta. Yo me quedaré aquí con vosotros hasta recibir noticias de ellos.

—Bien; mañana la estación estará tomada por nuestros hombres y no se nos escaparán.

* * *

Mientras estos sucesos se desarrollaban en la ciudad del Lago Salado, Texas, con sus dos auxiliares, rodaba por el abrupto terreno de Nevada, en un vagón del «Sur Pacífico», con dirección a la sede de los mormones.

En Wells, a unas cuarenta millas más arriba de Elko, transbordaron de línea, tomando el «W. P.», que al entrar en Utah lo haría bordeando el gran desierto americano, y más tarde, siguiendo la orilla sur del lago, entraría en Salt Lake City.

Todo lo que su paso por Nevada tuvo de pintoresco y grandioso, lo tuvo de monótono y de árido al entrar en Utah y enfrentarse con

el enorme desierto, uno de los más repelentes y duros de cruzar de todo el continente. Era una enorme extensión alcalina de sesenta y ocho millas, de suelo duro, inflexible, cenizoso, bajo la amenaza de un sol implacable. En aquella época sólo existía en toda su enorme extensión una estación de agua situada al promedio del desierto, una especie de gran pozo artificial, que los mormones renovaban con odres conducidos en carretas de bueyes, bajo un sol de justicia, y estremecía pensar lo que representaba aquel esfuerzo en seres humanos y bestias para hacer el recorrido.

Durante cuatro horas el tren se deslizó a lo largo del desierto, entre el ahogo y la asfixia producidos por el polvo alcalino, que adquiría tonalidades carmesí. El aire en bandazos lo arrancaba de la tierra para batir el tren de costado, y aunque las ventanillas iban bien cerradas, los viajeros sentían el azote del polvo, que resecaba y agrietaba sus labios y ponía en sus gargantas un hipo de angustia infinita.

Nino, con los ojos muy enrojecidos, gruñó:

—¡Maldito sea el gran desierto y toda la raza de los mormones, sin dejar fuera al cerdo de su jefe! Bueno; creo yo que si cazásemos a ese pringao de Zenker y le dejáramos atado una semanita a un poste clavado en este vergel, nos habríamos cobrado con creces todas las pringadas que nos ha hecho.

Texas, a pesar de su dureza, se estremeció al ponderar la idea. Cualquier tortura que se inventase para aplicársela a su odiado enemigo sería pálida comparada con la idea vertida por el mejicano.

Sombríamente, afirmó:

—Has tenido un acierto, Nino. Te prometo que, si le cazamos vivo, ése será el castigo que le hagamos sufrir.

—Bueno; y yo te prometo pasarme cuidando de él todo el tiempo que tarde el diablo en arrancarle el alma del cuerpo, aunque al final resista más que yo y tenga que acompañarle en el viaje.

Cuando llegaron a Garfield, a unas treinta millas de la ciudad, Texas dijo:

—Vamos a apearnos y a quedarnos aquí hasta que llegue el tren ganadero que nos sigue con nuestros caballos.

—¿Por qué? —Preguntó Born—. Podemos esperarle en Salt Lake City.

—Sí, pero no quiero. Una vez, me encontré con que se adelantaron a mí y me esperaban en una estación. Esto fue muy desagradable, por las consecuencias que trajo. Quiero suponer que Zenker esté más avisado que nunca y cuente con nuestra intervención. Si ha montado alguna vigilancia en la estación, que siga alimentando la esperanza de que será el primero en recibirnos.

—Bueno va, manito —dijo Nino —Si supiese que él estaba allí esperándonos, yo era el primero en ir. Nos haríamos un gran saludo, creo yo, apenas nos viésemos.

—Puede o no puede estar, pero no estará dando la cara. Eso es lo malo. Prefiero bailar al son de mi instrumento, que al suyo.

Se quedaron en el poblado durante dos días, hasta que, al fin, llegó el tren ganadero con sus monturas, que llegaron en buen estado, y después de hacerlas pasear durante algún tiempo para desentumecerlas de la rigidez del largo viaje, decidieron marchar a caballo a la sede de los mormones, penetrando en ella por la parte contraria, o sea por el Este.

La ciudad del Lago Salado, desconocida para los tres viajeros, les dejó encantados. Quizá la leyenda de los mormones y de sus costumbres exóticas y su fanatismo había influido para convertir su reinado en algo tenebroso y de leyenda, pero la realidad demostraba, que era una de las poblaciones más limpias, más sanas y más industriosas de todo el Oeste.

De calles anchas y cuidadas, sus casas se alineaban en manzanas seguidas, todas con sus tapiales y a las espaldas sus cuidados huertos. Por el borde de la calle corría un ancho arroyo de agua transparente, y de él partía hacia el interior de cada morada un brazo que servía para el riego y los fosos domésticos.

Existían muchas industrias y muchas manufacturas, y por todas partes se observaba el afán del trabajó; en contraste con lo que sucedía en otros poblados de Nevada y California.

La ciudad se alzaba en una llanura enorme, al pie de una muralla de mareantes montañas, cuya altura conservaba eternamente la nieve y casi siempre estaba escondida entre masas de nubes.

A diecisiete millas de la ciudad se hallaba el Gran Lago Salado, el Mar Muerto americano, una masa de agua tan espesa de sal, que se asegura que todo el que se sumerge en ella flota como un corcho

y no puede hundirse aunque lo intente.

Entre los edificios más notables se destacaban el templo mormónico, la Casa del Diezmo y la Casa del León, aparte de algunos edificios oficiales, como el pequeño palacio del gobernador.

Born inició la idea de visitar a la primera autoridad, pero Texas decidió desentenderse de ello por el momento. Su visita podía ser descubierta, y, por otra parte, mientras no necesitasen su ayuda, huirían de ella, pues sus procedimientos eran demasiado expeditivos, y llevaban autoridad suprema para maniobrar sin dar cuenta a nadie de sus actos.

Decidieron buscar alojamiento en una posada discreta, lejos del centro de la población, y allí estudiar el plan más efectivo para iniciar su actuación.

Realmente, estaban desorientados. Habían alcanzado la meta de su viaje, pero ignoraban todo lo concerniente a Brigham, dónde podía estar refugiado, cuáles eran sus elementos de ataque y defensa, dónde se escondían, y, en fin, algo que les sirviese para la iniciación de una ofensiva.

Todo lo que poseían era una carta de presentación para un gentil amigo de Snock, establecido en Salt Lake City. *Mr*. Hiram Page poseía un gran almacén en el centro del poblado, y quizá él, más al tanto de la vida de la localidad, pudiese darles algún informe útil que les sirviese de orientación.

Texas decidió visitarle aquella noche. Prefería moverse en las sombras, por si su popular fisonomía había llegado hasta allí, y decidió ir solo para llamar menos la atención.

Born se negó a ello. Bueno que visitase aisladamente a Page, pero alguien tenía que servirle de escolta por si surgía lo imprevisto.

Capítulo IV

Nino pretende calentarse

ECHARON suertes y le tocó a Nino acompañarle, cosa que produjo honda satisfacción al mejicano. Estaba deseando realizar heroicidades que le sirviesen como premio para cuando aspirase a ser gobernador de California, y, además, le molestaba que fuese otro y no él quien cuidase de la vida de su patrón.

Texas se informó de que los comercios se cerraban a una hora bastante avanzada, y esperó hasta cerca de las diez.

El almacén de Page estaba situado en una pequeña plaza rodeada de altos árboles. Se trataba de un edificio de dos pisos, con armazón de hierro y construcción de ladrillo, algo que no solía usarse en los poblados del Oeste.

Cuando alcanzaron la plaza, Page se disponía a cerrar, y Texas se adelantó, dejando a Nino al cuidado de vigilar por si sucedía algo anormal, aunque no habían descubierto nada sospechoso desde la fonda hasta allí.

Nino echó un vistazo a la plaza, y, descubriendo en un lado de ella, a quince yardas del almacén, una especie de cobertizo con un sombrajo de tablas que debía servir para almacenar cajones y barriles, se amparó en la sombra del tinglado, con los ojos fijos en

la morada del almacenista.

Cuando Texas alcanzó la puerca, un anciano de espesa y larga barba blanca, de aspecto fuerte y simpático, movía las anchas puertas de madera para unirlas, y, al observar que alguien se acercaba a él, se volvió rápidamente de cara y llevó la mano al bolsillo de su chaqueta.

Texas captó el movimiento y adivinó que el anciano no vivía muy tranquilo en aquella ciudad. Los gentiles estaban continuamente amenazados por los mormones por considerarles los elementos más hostiles a la poligamia, y más en aquella ocasión, que, puestos al lado de las autoridades, algunos, habían contribuido con su esfuerzo personal a darles la batalla que parecía decisiva.

Texas, sonriendo, se adelantó, diciéndole:

—¿Tengo el gusto de hablar con el señor Hiran Page?

—En efecto, señor. ¿No es usted de aquí?

—Me parece que en el acento se me nota. No, no soy de aquí, pero vengo con una misión especial y traigo una carta para el señor Page, aquí establecido.

—Puede entregármela: yo soy Page. ¿De quién es?

—De un amigo común que se llama Snock.

—¡Por vida del Diablo! ¿Snock? ¿Cómo es que el hombre del día se ha podido acordar de un modesto amigo y admirador tan lejos de sus dominios?

—El mundo es un pañuelo y nada hay lejos de nuestro alcance…

—¡Oh, perdone! Estoy cometiendo una grosería al tenerle aquí… Creí que… En fin, me alegro de su visita.

Texas, mientras pasaba, preguntó:

—¿Teme usted algo, señor Page?

—Temo muchas cosas, a pesar de que el tigre está casi vencido, pero aún lanza los últimos zarpazos. Aquí hubo una revuelta gorda con motivo de la orden tajante del gobernador aboliendo la poligamia, y los mormones trataron de resistir y hasta de tomar represalias. Tengo un hijo empleado en el palacio del gobernador y actuó con la policía contra el pillaje. Esto nos acabó de destacar como elementos hostiles, y nada de particular tiene que traten de tomar represalias. Ya lo han intentado con otros y han provocado escenas repugnantes y alucinantes. Esos «Ángeles del Averno» que se asignan por mandato de su religión el exterminio de los enemigos

de su secta, son los criminales más repugnantes de todo el continente.

Page cerró el establecimiento con sumo cuidado, e hizo pasar a Texas al interior. Aunque poseía la casa un piso más, en la parte baja, al fondo, tenía establecido una especie de comedor muy confortable y limpio.

Page era viudo, con un solo hijo, y poseía una criada que se ocupaba de los menesteres de la casa.

Texas le entregó la carta, y Page, una vez impuesto de su contenido, dijo:

—Me habla veladamente de una misión muy espinosa. Espero con franqueza que me diga si es algo que puede ser revelado.

—A usted, sí, porque voy a precisar su ayuda hasta donde sea posible. Vengo decidido a capturar a Brigham, y no sólo a él, sino a un elemento mucho más terrible, que es quien está reorganizando a los mormones para emprender una campaña de terror. Se me escurrió de las manos cuando dimos un golpe de muerte al «Ku-Klux-Klan», y no me iré de aquí sin haber terminado con él.

—¡Ojalá sus deseos se cumplan, capitán Texas! Sé lo que vale usted. Actué durante la guerra en las ambulancias del ejército del Norte, porque mis años me privaban de ser un soldado de primera fila, y supe de sus hazañas. Allí conocí a Snock, cuando le recogimos herido en una acción terrible que nos costó algunas bajas a los de las ambulancias. Se empeñó en que sin nuestro valor hubiese caído en poder del enemigo, y desde entonces nos une un buen afecto.

—Si él lo asegura así, tendrá razón.

—Bien; dígame en qué puedo serle útil. Me temo que pueda ser en muy poca cosa.

—¿Qué se sabe de los mormones y de sus actividades?

—Sus actividades son muchas. Merodean por todo el territorio de Utah, dando golpes siniestros, unas veces con el afán de la rapiña y otras con el de la venganza. Han cometido infinidad de asesinatos hasta dentro de la misma ciudad, han raptado a algunos elementos que deben conservarlos en rehenes como muralla para que la persecución contra ellos quede paralizada, por temor a que los maten en venganza, y se susurra que intentan organizar un fuerte batallón para entrar en la ciudad al asalto. Deben estar muy mal

armados, pero son capaces de dar un golpe de mano en algún fortín o depósito de armas y lograr su intento.

—¿Tiene alguien alguna idea de dónde parten los golpes? En algún sitio deben estar escondidos.

—¡Oh, claro! La Big Mountain es un refugio magnífico... Apostaría mis barbas contra un centavo a que están ocultos en algún lugar de ella.

—¿Cuántos mormones calcula usted que haya?

—Muchos. No hay que pensar solamente en los que habitan en la ciudad. Todo Utah está plagado de ellos.

—¿Queda alguien destacado aquí? Supongo que los más peligrosos habrán huido, pero acaso existe algún emboscado dispuesto a maniobrar desde el interior. Sería un factor muy importante localizarle, porque seguramente por su conducto y de una manera hábil podríamos descubrir alguna pista.

Page se quedó dudando, y por fin afirmó:

—Creo que quedan algunos, pero sin gran relieve. El único que me parece un elemento peligroso es Ben Lorit. En cierta ocasión fue acusado de pertenecer a «Los Ángeles Exterminadores». Se le acusaba de haber tomado parte en el asesinato de una bellísima muchacha gentil que, al parecer, se negó a oír sus galanteos amorosos. Hombre listo, se preparó una buena coartada y nada se pudo contra él.

—¿Dónde se puede localizar a ese tipo?

—Tiene una herrería en la calle de Strait.

—Bien, tomo nota. Veremos qué consigo, y si dentro de dos o tres días no he averiguado nada, quizá me decida a darme una vuelta por la Big.

—Deberá pensarlo bien, señor Texas. Si, como se presume, aquello es su madriguera, debe tener tendida una gran red de espionaje. Correría usted un peligro seguro.

—No vengo solo. Traigo dos compañeros conmigo que valen por un ejército de mormones. Seríamos huesos demasiado duros de roer.

Luego, aventuró una pregunta:

—¿Es fácil señalar si existen elementos extraños en la ciudad?

—¿Por qué lo preguntaba?

—Por si era posible averiguar si se encontraba aquí el individuo

a quien busco.

—No, no es fácil. Salt Lake City siempre tiene forasteros. Es la capital del Estado.

—Comprendo. Es una lástima que no sea un poblado, donde esas cosas se averiguan más fácilmente.

Y durante un buen rato continuaron su animada charla.

* * *

Nino, oculto en el tinglado de la plaza, se aburría olímpicamente. El tráfico había cesado casi por completo a tales horas, pues, dado el nerviosismo que reinaba en la ciudad, la gente no se consideraba segura entre las sombras de la noche y se abstenía de circular por las calles.

La iluminación era escasa y todo se prestaba a emboscadas y asaltos, rodeados de la mayor impunidad.

Llevaba más de una hora esperando con impaciencia la salida de Texas, cuando sus agudos ojos descubrieron un grupo de media docena de individuos que, pegados a las fachadas de las casas para mejor pasar desapercibidos, se adelantaban en fila india, dando la vuelta por el lado contrario al que él ocupaba.

Precavidamente empuñó el revólver y, pegado al fondo del sombrajo, se preparó por si la cosa iba contra él.

A través de los palos seguía atentamente el avance del grupo, que, tras dar la vuelta a media plaza, alcanzó la morada de Page, deteniéndose junto a la puerta del almacén.

Nino se envaró. Adivinaba que intentaban algo contra el almacenista, y como éste estaba considerado como un amigo de Texas, el mejicano se dispuso a intervenir.

El grupo examinó atentamente la fachada, y alguien señaló con el brazo las dos ventanas contiguas a la puerta, que se abrían a una altura de unos dos metros o algo más.

Tres de los que componían el grupo se unieron formando un apretado corro y otro de ellos saltó hasta ponerse de pie sobre sus hombros y de esta forma alcanzar el marco de una de las ventanas, que se encontraba entreabierta.

Nino se dio cuenta de que intentaban un asalto por sorpresa, y, abandonando con sigilo su escondite, avanzó también, pegado a las

fachadas para no ser descubierto por los asaltantes hasta el momento preciso.

El que había ascendido sobre los hombros de sus compañeros se hallaba colgado de la jamba, pugnando por elevarse a pulso para ganar el interior, cuando algo parecido a un vendaval sacudió igual que a espigas al resto de los asaltantes, que salieron despedidos a varios metros de distancia, rodando por tierra en medio de dolorosos aullidos de rabia y sorpresa.

Nino había saltado como un plantígrado, y de dos vigorosos puntapiés había enviado a larga distancia al grupo. Éste, al disolverse, abandonó a su compañero, quien quedó con las manos afianzadas a la ventana y los pies colgando en el vacío.

Nino, rabioso, le aferró por ambas piernas, tirando hacia abajo de un modo brutal. El intruso sintió como si le arrancasen los brazos de las axilas y soltóse emitiendo un terrible rugido de angustia, pero al soltarse, por la fuerza del estirón, descendió de cabeza como un meteoro y estrelló el cráneo contra el piso, donde quedó aplastado como una rana.

Todo sucedió tan rápido, que cuando los sorprendidos salteadores pudieron incorporarse, doloridos y magullados, y darse cuenta de dónde había procedido la brutal agresión, ya su compañero aparecía destrozado en tierra y Nino dispuesto a recibir la reacción del grupo.

Aullando de furor se incorporaron como les fue posible, y al descubrir a Nino y no viendo más enemigos cerca, creyeron que podrían deshacerse de él rápidamente, vengando el terrible ataque, y como fieras se lanzaron sobre él esgrimiendo en la mano afilados y terribles cuchillos.

Nino, al observar el brillo de las terribles armas, intentó sacar el revólver de la funda, en el momento en que dos de sus enemigos se abalanzaban sobre él fieramente, tratando de ensartarle. El mejicano, sin tiempo a tomar el revólver tuvo un gesto instintivo y volvió a levantar su terrible pie, aplicándoselo en el estómago al más próximo, quien retrocedió brutalmente, chocando con su compañero y clavándose en la espalda el arma de aquél.

Nino, a su vez, saltó y aplicó un terrible puñetazo en el rostro al que había herido mortalmente y de modo involuntario a su compañero de pelea, y así que le vio caer de espaldas abatido por el

terrible impacto, esquivó un terrible tajo de uno de los tres supervivientes, y, acertando a aferrarle por el brazo que empuñaba el arma, se lo retorció con tal ímpetu, que los huesos chascaron de manera impresionante, mientras el favorecido lanzaba un grito tan agudo que no parecía poder haber brotado de una garganta humana.



Los dos únicos que quedaban en pie vacilaron un momento. No concebían cómo un solo enemigo, sin ninguna clase de armas en las manos, podía haberse deshecho tan rápidamente del resto de sus compañeros; pero, animados por el dolor y la rabia, intentaron vengar a los caídos, y ciegamente, como toros heridos, se lanzaron sobre él.

Nino, que esperaba la reacción, saltó de costado, evitando el fiero ímpetu de la embestida, y sus manos, como garfios, consiguieron atenazar a uno de ellos por un hombro, arrastrándole con brusquedad y haciéndole soltar el arma de un terrible manotazo, al tiempo que el otro trataba de clavarle el cuchillo.

Pero el mejicano le esquivó con una vuelta rápida, oponiendo al cuchillo el cuerpo de su prisionero, y su agresor, por miedo a herirle, buscaba la forma de salvar aquel obstáculo que le impedía clavar el arma.

Así Nino maniobró hasta que, en un descuido, pudo aferrar al saltarín intruso por los pelos, sin soltar al otro, que se debatía inútilmente entre aquellos dedos de granito, y, cuando consiguió tener a los dos aferrados, la función tuvo un final trágico.

Con un impulso terrible de fuelle, atrajo una contra otra las dos cabezas de los asaltantes e hizo chocar sus cráneos con el estampido de dos cocos al reventar. Los huesos crujieron horriblemente, los cuerpos quedaron flácidos y sin movimiento, y cuando Nino soltó despectivo su presa, ambos se desplomaron como si los hubiesen desinflado de golpe.

En aquel momento un recuadro de luz hirió de frente al mejicano, quien llevó rápido la mano al costado buscando nuevos enemigos, pero se detuvo al oír la voz recia y sonora de Texas, que gritaba:

—¡Nino, por Judas! ¿Qué es eso? ¿Estás despoblando la ciudad?

El mejicano se adelantó hacia la puerta, en la que se bocetaban las figuras de Texas y Page, y, frotándose las manos con satisfacción, exclamó, gozoso:

—¡Qué va, manito! Me estaba calentando un tanto o así… Esto se estaba quedando muy frío, y esos pringaos han venido como un barril de pulque a calentarme las manos, creo yo…

—¿Qué ha sucedido? Hemos oído unos gritos de muerte y…

—Pues nada grave, manito, ¡maldita sea Jalisco! Les sorprendí

cuando estaban jugando a penetrar por una de esas ventanas, ¡maldita sea toda su figura!, y me arrimé a tomar parte en la fiesta, ¡bueno va!… No debió agradarles, porque sacaron esos juguetes que pinchan y quisieron abrirme algún agujero o así, y claro está, manito, yo me enfadé un poco no más, y… ya los ves…

—¡Oh, me lo temía!… Esos infames pertenecen a la secta de «Los Ángeles Exterminadores»… Los han debido enviar con orden de vengar nuestra intervención en el asunto de su derrota… De no haber sido por su valeroso compañero…

—Tampoco hubiese sucedido nada por esta vez —afirmó Texas — hubiesen tropezado conmigo, que acaso hubiese sido un poco más ruidoso, pero no menos contundente… Veamos qué ha quedado de esos sapos.

Dos aparecían muertos, el que Nino había estrellado al arrancarle de la ventana y el que de modo casual clavó su cuchillo en la espalda de su compañero, y los otros cuatro, magullados y sangrantes, yacían sin sentido en tierra.

Texas, disgustado, murmuró:

—Me hubiese alegrado que algún sapo de estos estuviese en condiciones de hablar. Quizá le hubiésemos arrancado algo útil.

—No lo crea —advirtió Page— Estos fanáticos son los últimos monos. Reciban una orden y la cumplen sin saber más. Aunque les hubiese arrancado la piel, permanecerían mudos.

—Bien, ya no tiene remedio. Este salvaje posee una delicadeza de elefante para tratar a los pajarillos.

—¡Pero, manito, si apenas les hice una caricia o así en el coco!… Es que estos pringaos son más blandos que un pastelillo…

—Bien, ¿qué hacemos con ellos? —preguntó Texas—. Dejarlos aquí, sería sospechoso.

—¡Oh! Pues no te apures por eso, manito; yo tengo para ellos un lugar muy agradable. Ahora verás.

Levantó a dos, uno con cada mano, y en vilo los arrastró, hasta el cobertizo donde había estado refugiado. Allí se amontonaban varios barriles vacíos y cajas que debían contener baldosas o algo similar, por lo pesado. Zambulló a cada uno dentro de un barril y volvió por el resto, hasta dejar a los seis en tan extraños recipientes. Luego, con sus hercúleas fuerzas colocó sobre los barriles algunas cajas pesadísimas y se mostró satisfecho al término de su operación.

—Puede que no le agrade mucho esta mercancía al dueño de los envases —rezongó—; pero ¡maldita sea Jalisco!, me apuesto el bigote a que en su vida ha recibido otra como ésa.

Y rio como un chiquillo por la hazaña.

Texas se hallaba dispuesto a abandonar el almacén, pero leyendo en los ojos del anciano la angustia que le producía saberse solo durante la noche, dijo:

—Creo que debemos quedamos aquí, por si acaso.

—¡Oh, no, no es preciso! —se apresuró a decir Page—. Si acaso, hasta que regrese mi hijo del palacio del gobernador. Él puede hacer que monten una vigilancia en la plaza, y entonces quedaré garantizado.

Poco después llegaba el hijo de Page, un mocetón alto y fuerte, de ademanes enérgicos, el cual, al enterarse de lo sucedido, se sintió rabioso, y prometía tomar cumplida venganza de aquellos sucios asesinos que no sabían dar la cara para atacar.

Se ausentó para dar cuenta del suceso y recabar un par de policías de los varios que el gobernador tenía dispuestos para casos de sorpresa, y cuando el edificio quedó bajo custodia, Texas se despidió de ellos.

—Que tenga usted buena suerte —dijo Page—. Y si en algo puedo servirle, cuénteme como un amigo.

—Gracias. De momento, nada puede hacer. Sólo les ruego que guarden el incógnito sobre mi visita. Me interesa moverme lo más holgadamente posible hasta que ellos, por sus propios medios, puedan descubrirme. De no ser así, mi misión se vería aún más entorpecida.

Abandonaron la plaza, dirigiéndose a su posada. La noche había resultado más movida que habían sospechado, y aunque en realidad el ataque no iba con ellos, éste les dio la tónica de los obstáculos que iban a encontrar para llevar adelante su misión, y, aunque creían que por aquella noche habían terminado, pronto se iban a convencer de que estaban empezando a maniobrar.

Capítulo V

Una noche trágica

MIENTRAS NINO corría aquella singular e inesperada aventura, algo que pudo haber resultado mucho más grave, y que a pesar de todo lo era para el porvenir, se había desarrollado en la fonda, donde Born había quedado a la espera del regreso de sus dos compañeros.

Cuando el agente quedó a solas en su dormitorio, sintió ganas de beber, y, abandonándole por diez minutos, bajó a la cantina de la posada y solicitó una botella de *whisky*, que, subió a su habitación.

Pasaría la velada saboreando unos tragos de la ardiente bebida y… aprovecharía aquel paréntesis de calma para escribir una larga carta a Vera. No sabía si tendría ocasión de volver a escribirla en mucho tiempo, y sus noticias alegrarían el corazón de la joven y al mismo tiempo servirían para calmar un poco la angustia de las tres mujeres.

Sobre una tosca mesa adosada a la pared, a espaldas del lecho, había papel y tintero, que poco antes había sacado de su bolsa del caballo, y, sentándose en un tosco banco, se embebió en la redacción de la carta.

El silencio que reinaba en la estancia era absoluto. La posada,

poco frecuentada era de lo más tranquilo de la ciudad, y los pocos huéspedes que albergaba, o se hallaban recluidos en sus habitaciones o no se encontraban en el establecimiento.

Por dicha causa, Born gozaba de un silencio que le era muy grato para plasmar sus sentimientos en el papel, y, embebido en lo que escribía, apenas si se daba cuenta dónde estaba ni qué le rodeaba.

El rasgueo de la pluma sobre las cuartillas era lo único que se captaba en el vacío de la estancia, y ello era como una música extraña y grata a los oídos del agente. Pero cuando se hallaba redactando uno de los párrafos más interesantes de la carta, en el que volcaba su corazón, ratificando su amor a la joven y su decisión firme de no regresar a su lado hasta dejar cumplida la misión liberadora que se habían impuesto, algo de un modo subconsciente, más que real, le alarmó, obligándole por una fracción de segundo a interrumpir su labor, y dejar la pluma en suspenso.

Parecía como si un sexto sentido le hubiese anunciado un peligro inmediato e inexplicable, y, movido por un sentimiento de recelo bien cultivado en su oficio, volvió la cabeza hacia atrás con rapidez en el momento justo en que un bulto, que en el primer instante no llegó a poder definir, saltaba sobre él rabiosamente como un gato enfurecido.

Fué un momento infinitesimal en el que Born calculó y pensó muchas cosas, entre ellas cómo alguien podía haberse filtrado en la estancia sin darse cuenta de ello; pero, al tiempo que pensaba en esto, su instinto defensivo obró por su cuenta y Born se dejó escurrir de la banqueta al suelo, en lugar de erguirse para detener la agresión.

Aquel movimiento salvó su vida. El emboscado, seguro de no fallar el golpe, había accionado el brazo con fuerza, creyendo encontrar en el viaje mortal la espalda o el pecho de Born, pero la maniobra de éste destrozó su plan; el fiero cuchillo que esgrimía, después de hundirse en el vacío, fue a clavarse sobre la mesa, al tiempo que el agresor, perdiendo el equilibrio, caía de bruces también sobre el tablero.

Rabioso al verse fracasado, trató de incorporarse para buscar a Born de nuevo, pero no tuvo tiempo a hacerlo. El astuto agente, apenas se dejó caer al suelo, hizo un brusco movimiento hacia un

lado, tirando de las piernas de su agresor, el cual, perdiendo el equilibrio, cayó a tierra, dejando escapar el cuchillo, pero revolviéndose con presteza al sentirse atenazado por el cuello.

Born, aunque delgado, era un hombre musculoso que había practicado toda clase de deportes y conocía muchos trucos de lucha para vencer a sus enemigos; por ello, aunque el que tan inopinadamente le había caído en suerte era fuerte y astuto, no se dejó impresionar por ello. Enlazados como dos fieras, trataban de clavar sus dedos en lugares vitales y rodaban por el estrecho recinto golpeando contra las paredes, contra el lecho o los escasos muebles, que caían, sobre ellos, dificultando sus movimientos, pero no impidiéndolos.

En aquel furioso revolverse, Born tuvo oportunidad de captar el rostro de su enemigo, comprobando que era un tipo barbudo, de ojos feroces y relampagueantes y de manos grandes y callosas, que le denunciaban como a hombre acostumbrado a un trabajo rudo y de fuerza.

No era joven, pues debía sobrepasar los cincuenta años, pero poseía una fuerza superior, que muchos hombres de treinta hubiesen deseado para sí.

Born trataba de evitar a toda costa que las garras de aquel ser satánico hiciesen presa en su cuello, pues comprendía que, si lo lograba, podía darse por muerto.

Jadeando como fieras, se golpeaban, se mordían, se sacudían sañudamente contra el pavimento y se aplicaban terribles y dolorosas patadas que les obligaban a rugir como toros agónicos, pero ninguno cedía en su empeño, ni se descuidaba un momento en ceder alguna ventaja a su rival.

Pero aquella lucha agotadora no podía durar mucho tiempo. Alguno tenía que flojear el primero, y el que así lo hiciese…

Por dos veces el extraño visitante había tratado de recoger el cuchillo, que en sus volteos por la estancia había conseguido tener al alcance de la mano, pero el agente, siempre tenso, lo había evitado, sin que él tampoco hubiese tenido la fortuna de alcanzarlo.

Por fin, cuando el intruso realizó un arco con el brazo derecho para burlar la guardia de Born y atenazarle por el cuello, el agente consiguió entrelazar aquel brazo, que era una columna de hierro, y, girando el cuerpo bruscamente, dobló el remo hacia atrás en un

esfuerzo supremo, hasta sentir una horrible chascadura seguida de un alarido que heló la sangre en sus venas.

Su rival, con el brazo roto, trató de revolverse aún y emplear el sano, pero ya estaba inutilizado. Born, ágilmente se incorporó y, atenazándole por el cuello, apretó con tal ansia y tal rabia, que el rostro de su enemigo se congestionó hasta ponerse casi morado.

Se agitó locamente, pataleó varias veces y, por fin, quedó tenso, al tiempo que Born retiraba sus manos, no muy seguro de no haberle ahogado.

Jadeante, se incorporó. La estancia aparecía destrozada, los pocos muebles caídos y rotos, el lecho medio volcado y la puerta cerrada interiormente, como él la había dejado cuando regresó con la botella, que también había rodado por el suelo, pero sin romperse.

Fatigado, la recogió del suelo y, descorchándola, bebió un buen trago para acabar de serenarse. No era el peligro corrido el que le tenía agitado, sino el esfuerzo físico que se había visto obligado a realizar.

El único objeto que se había salvado de la lucha era el espejo colgado en la pared. Born se acercó a él y le costó trabajo reconocerse. Tenía el rostro congestionado y cubierto de arañazos y cardenales, el cuello de la camisa hecho tiras, la manga de la chaqueta desgarrada y uno de los puños de la camisa flotaba cómicamente pendiente de un jirón de tela.

Born recapacitó. Si la puerta no se había abierto durante su estancia en el dormitorio, el intruso sólo podía haber penetrado durante los minutos que tardó en bajar a por el *whisky*, escondiéndose debajo del lecho, de donde había surgido silenciosamente mientras él escribía.

Born se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de la muerte. Sin el silencio aplastante que había reinado en la estancia, nadie le hubiese salvado de recibir el terrible golpe por la espalda.

Bien, aquello sólo podía tener un significado. Que habían sido descubiertos en Salt Lake City y que los mormones, movidos por la inteligente mano de Zenker, se disponían a dar buena cuenta de ellos.

De momento, el peligro había pasado; pero ¿qué habría sucedido con Texas y Nino? ¿Les habrían tendido, como a él, alguna

emboscada y habrían caído en ella? Al ponderarlo, sintió que un escalofrío de terror sacudía su médula y que su rostro rojizo se convertía en algo marmóreo.

Tenía que hacer algo. Texas le había indicado la dirección de Page, y, dado lo que ya tardaban en regresar, estaba pensando en que debía haberles sucedido lo peor. Rabioso, buscó el revólver, que había dejado escondido debajo del colchón de la cama, y se dispuso a marchar, pero, al darse cuenta de su destrozo, pensó que no podía salir a la calle en aquella guisa.

El atuendo de que se había provisto era muy escaso, y de momento no tenía una chaqueta nueva que ponerse. Esto le impedía salir a la calle, pero ahora, al ponderar los sucesos desarrollados, había algo que le intrigaba y que estaba dispuesto a poner en claro, ¿Cómo había entrado en la fonda aquel sujeto y dónde estaba escondido para poder aprovechar su salida y filtrarse en su habitación? Indudablemente debía estar escondido en algún recoveco del pasillo o acechando en alguna estancia vecina, y… posiblemente el dueño de la fonda tenía que saber algo de él, e incluso debía haberse dado cuenta de la refriega, pues, debido al silencio reinante, el fragor de la pelea, los muebles al caer y, sobre todo, el terrible alarido que aquel sapo traidor había lanzado, tenían que haber sido oídos en toda la casa.

Impetuosamente se dirigió a la puerta, pero en el momento de empuñar la falleba para abrir, se detuvo en seco. ¿Por qué no pensar que aquella ausencia del personal de la casa debía interpretarse como complicidad con el malhechor? ¿Y si el asunto no había hecho más que empezar, y, en vista del fracaso de su agresor, le esperaban al acecho para atacarle con mayor número de fuerzas en cuanto se decidiese a abandonar la estancia? Tenía que ponerse en todo lo peor y precaverse contra semejante posibilidad.

El oteo de un nuevo peligro obró el milagro de serenar sus nervios. Ahora volvía a ser el hombre frío, sagaz, calculador y resuelto que siempre había sido, y rápidamente empezó a dar muestras de la clase de enemigo que era.

Con su increíble fuerza tomó el caído cuerpo de su enemigo y lo levantó en vilo, poniéndole en pie, arrimado a la pared. Con trabajo le colocó el sombrero echado hacia los ojos y, tomándole por el cuello de la destrozada chaqueta, lo sujetó de espaldas contra su

pecho, de forma que le sirviese de escudo.

Luego, aferró el revólver con los dientes, mientras abría la puerta sin molestarse en ocultar su acto, y, después de empuñar de nuevo el revólver, abrió la hoja y sacó por delante de él el cuerpo de su enemigo, quedando él protegido por el otro lado de la jamba de la puerta.

Su precaución no fue vana. Súbitamente, el ominoso silencio reinante se vio interrumpido por dos detonaciones que brotaron al unísono, y los proyectiles se clavaron en el inanimado cuerpo del intruso.

Born soltó el cuerpo, que cayó de bruces en el pasillo, y se replegó contra la pared, ocultándose en ella. Había dado la falsa sensación de que le habían abatido de modo fulminante sin tiempo a lanzar un solo lamento.

Durante varios segundos reinó el silencio en el pasillo. Luego, una voz ruda ordenó:

—Vamos, Bill; éste ya no dará más qué hacer. Tenemos que entrar a ver qué le ha sucedido al jefe.

Otra voz prudente advirtió:

—Bueno, pero cuidado no se haga el muerto y…

—No temas; éste no se moverá más, te lo aseguro.

Dos bultos que a la escasa luz del pasillo era difícil reconocer avanzaron con precaución hasta el borde de la puerta donde había caído el muerto, y uno de ellos le sacudió brutalmente con el pie, obligándole a rodar y a dar la vuelta, quedando cara al techo. En aquel momento, debido a la luz de la lámpara del cuarto que reflejaba en el pasillo, se dieron cuenta de que el rostro del caído estaba cubierto por una espesa barba, y un ronco bramido brotó de sus gargantas.

—¡Por Judas! Si este tipo no es…

Born se dio cuenta de que ya no podía esperar más. Él confiaba en que hubiesen entrado impetuosamente en el dormitorio para encañonarles a placer, pero aquel descubrimiento acababa de estropear su plan por haber sembrado la desconfianza entre los rufianes.

Como un tigre abandonó la protección de la pared y saltó con el revólver empuñado al pasillo, gritando:

—¡Arriba las manos, rápidos, o disparo!

El más próximo a él, en lugar de obedecer, intentó levantar el arma para disparar. Born, rápido como una centella, le metió el cañón del arma por la cara con fuerza avasalladora, obligándole a soltar el revólver para llevar las manos al lugar de la herida, pero el otro, aprovechando los pocos segundos transcurridos en esta operación, tuvo tiempo a disparar por detrás de su compañero, tratando de alcanzar a Born.

Éste tuvo la suerte de que el cuerpo de su más cercano enemigo impidiese que el otro disparase a boca de jarro sobre el, pero, no obstante, sintió como un golpe en un brazo y algo que le requemaba como si le hubiesen aplicado un hierro ardiendo.

Antes de que su enemigo tuviese tiempo a repetir el disparo, su revólver tronaba por primera vez, y el proyectil, derecho al pecho del intruso, golpeó sobre él echándole hacia atrás, al tiempo que emitía un rugido de angustia. Durante una breve fracción de tiempo se mantuvo en pie, tratando de levantar el caído brazo para disparar, pero, perdiendo fuerzas, dejó caer el arma, y poco después se desplomaba con sordo golpe contra la pared, para escurrirse lentamente y quedar sobre el suelo.

En aquel momento, a los oídos de Born llegó el precipitado y sordo rumor de pesadas botas que golpeaban la madera de la escalera que se abría al fondo y la voz conocida de Texas que gritaba:

—¡Born!… ¡Born!… ¿Qué sucede aquí, por el diablo?

Born sonrió satisfecho al oír a Texas, y gritó:

—Ya nada, Jim; puede avanzar sin cuidado. La fiesta ha terminado; acérquese y verá el final del rodeo.

En el pasillo irrumpieron Texas y Nino, ambos con los «Colt» empuñados, y el primero, al distinguir a Born con el revólver aún humeante y a los tres individuos caídos en tierra, exclamó con asombro:

—¡Por Judas!… ¿Qué ha hecho usted, Born? ¿Es que ha venido a despoblar Utah, como Nino?

—No; pero por poco vengo a figurar como motivo principal de unos vistosos funerales. Si está usted hablando conmigo en este momento, es por un capricho de la suerte.

Y rápidamente relató todo lo sucedido.

Texas, alarmado, rugió:

—¡Por el Infierno! Esto no lo han podido hacer estos tipos sin complicidad de alguien. Vamos a ver ahora mismo qué tiene que decirnos el posadero.

Lo que el posadero tuvo que decirles fue muy poco. Lo encontraron junto con dos dependientes maniatados y encerrados en la leñera. Habían sido sorprendidos por tres individuos que se presentaron fingiéndose viajeros, y, cuando pudieron darse cuenta, tenía cada uno un agudo cuchillo aplicado a los riñones. Les maniataron y les encerraron, sin cometer con ellos ningún otro acto de violencia.

Texas, adivinando que habían sido descubiertos, exclamó:

—Tenemos que largarnos de aquí antes de que se nos echen encima unas cuantas docenas de sectarios. Estos «ángeles del Averno» son gente sin escrúpulos, y quien los mueve, mucho más.

Dio orden a Nino de vigilar la entrada por si acudían más enemigos, y se dispuso a recoger su pequeño menaje para abandonar la posada. Aquella noche habían sufrido dos experimentos de la audacia de «Los Ángeles Exterminadores», y quería evadir nuevos encuentros que pudieran entorpecer sus planes.

Se disponían a marchar, cuando Texas observó que uno de los caídos se agitaba dando señales de vida, y una idea repentina cruzó por el fértil cerebro de Texas.

—Ayúdeme a meter a este tipo ahí dentro —rogó a Born.

Entre ambos le introdujeron en la habitación y le depositaron sobre el lecho. Texas le examinó atentamente, e hizo una mueca de repugnancia al observar el destrozo que el cañón del revólver de Born había hecho en su boca.

—¡Bonito golpe, Born! —comentó—. Este tipo no va a poder tomar nada caliente ya en su vida. En mi habitación hay agua. Traiga el jarro, que le ayudemos a darse cuenta de lo guapo que ha quedado.

El agente volvió con un jarro lleno de agua, y Texas lo arrojó de golpe sobre el rostro del herido, sin preocuparse de que inundaba el lecho.

La impresión hizo que el preso acabase de reanimarse, pero, atento sólo a sus dolores, empezó a berrear como un becerro recién destetado.

Texas, brutalmente, le sacudió, afirmando:

—Si no gruñes más bajo, tendré que meterte otra vez en la boca el cañón de un revólver, pero esta vez para disparar cuando esté dentro… No berrees más y escucha.

El herido comprimió sus dolores, y Texas preguntó:

—¿Quién os incitó a venir aquí a asaltar nuestras habitaciones?

—El jefe —bramó el herido.

—¿Quién es el jefe?

—Ese de las barbas…, el que está muerto ahí, en el pasillo.

—¿Quién le comisionó a él este trabajo?

—No lo sé…

Texas se volvió a Born, diciendo:

—Cuelgue del montante de esa puerta un buen trozo de cordel. Veremos si apretándole un poco el gañote a este buen mozo se le refresca la memoria.

El herido, aterrado, comprendiendo que su enemigo no amenazaba en broma, se revolvió en el lecho, rugiendo:

—¡No! ¡No!… ¡Hablaré! Obramos por orden de Ben Lorit.

—¿Quién es Lorit?

—Es uno de nuestros más altos jefes.

—¿Un ángel exterminador?

—Sí.

—¿Dónde está Lorit?

—Vive en la calle Estrecha, donde tiene una herrería.

—¿Qué comisión os dio?

—Primero, vigilar la estación para localizar a tres individuos cuyas señas nos dio. Tenían que venir de California, pero no llegaron. Más tarde, nos relevó de ese servicio porque, según dijo, ya no había que esperarles. Habían llegado por otro camino y se hospedaban aquí… Nos ordenó vigilar la posada y procurar introducirnos en los dormitorios para sorprenderlos durante el sueño y matarlos. Cuando vinimos sólo estaba éste, pues los otros dos se encontraban ausentes, y Parker fue el encargado de darle muerte mientras nosotros vigilábamos. Se introdujo en su dormitorio mientras el huésped bajaba a la cantina. Nosotros quedamos vigilando, pero sorprendimos el ruido de la lucha y los gritos de nuestro compañero y acudimos. La puerta estaba cerrada y no se podía entrar, pero decidimos esperar en el pasillo a que

abrieran… Lo demás, ya lo saben.

—¿Quién dio cuenta a Lorit de nuestra llegada?

—Eso, juro por nuestra secta que no lo sé. A nosotros nos llamaron para darnos estas órdenes. No sé más.

—¿Dónde se encuentra escondido Young Brigham y el resto de los mormones?

—Lo ignoro. Nosotros no sabemos esas cosas.

Texas, comprendiendo que no podría sacar nada más útil de aquel sapo, se volvió a Born, diciendo:

—El preso le pertenece, Born. ¿Qué hacemos con él?

—¿No hemos venido a limpiar de reptiles el poblado?… Pues cuantos menos queden…

Y, mientras hablaba, preparaba un buen lazo, que ató al montante de la puerta.

El herido empezó, a berrear de nuevo, pidiendo clemencia, pero sus aprensores no le hicieron caso. Cuando se dedicaba a asesinar fríamente a los gentiles, no se sentía ninguno compasivo con ellos.

Cuando el lazo estuvo reciamente atado al montante, le tomaron entre ambos y, a pesar de su feroz resistencia, le pasaron el dogal por el cuello y le soltaron. El mormón se agitó trágicamente algunos instantes en el vacío y luego quedó rígido.

Antes de abandonar la estancia, Texas tuvo una idea:

Creo que debemos advertir a Zenker que estamos prevenidos contra él. Esto le causará una rabia espantosa. Y, tomando un papel, escribió en él:

Un saludo cariñoso para Mr. Lane, de su fraternal amigo que pronto le verá de esta manera.

«Jim Texas».

Y clavó el papel del pecho del colgado.

Luego bajaron al piso inferior y, dirigiéndose al posadero, Jim advirtió:

—Creo que lo mejor que puede hacer es darse una vuelta por ahí

y no permanecer aquí, al menos hasta mañana, que la policía, del gobernador pueda garantizar su persona. Después de lo que le hemos dejado allá arriba, es muy posible que los compañeros de esos sapos vengan a echar un vistazo y los encuentren bastante estropeados. Ahora, usted hará lo que le parezca.

Se reunieron con Nino, y a caballo abandonaron el poblado, dirigiéndose a la parte montañosa. Querían pasar la noche con relativa seguridad y comprobar si eran seguidos. Si así no sucedía, a la mañana siguiente se prometían hacer una visita al «amigo». Lorit y hacerle pasar uno de los ratos más «agradables» de su azarosa existencia.

Por fortuna, la Seguridad que los mormones debían tener en la osadía de sus compañeros hizo que se descuidasen a formar una segunda línea de ataque y vigilancia, y, si más tarde rectificaron, lo hicieren a destiempo, porque ya los tres aventureros se habían esfumado de la ciudad.

Pasaron la noche en unas depresiones, durmiendo por turno para vigilar, por si eran víctimas de una sorpresa, y cuando fue de día y Texas calculó que la vida industrial del poblado habría comenzado, ordenó:

—En marcha; vamos en busca del amigo Lorit, a ver qué cosas agradables tiene que contarnos. Sospecho que será un poco más duro que aquel que colgamos, pero aún nos queda bastante cáñamo para emplearlo.

Capítulo VI

Una pelea alucinante

ENFOCARON la calle Estrecha por su parte baja, después de preguntar por su emplazamiento, y Texas dio orden a Nino de quedarse discretamente fuera del alcance de la vista, dejando a él y a Born que se aproximasen, pero a la expectativa, por si era necesaria su intervención, A lo largo de la calle, bastante estrecha para justificar su nombre, se abrían algunos establecimientos, pero no había más herrería que la de Lorit el mormón, la cual se anunciaba de un modo visible con una gran herradura balanceándose sobre la puerta.

Se captaba el agrio batir del martillo sobre el hierro, y Texas, adelantándose, detuvo su caballo delante del establecimiento, apeándose.

Se acercó, y en el hueco negro de un cuadrado no muy ancho, aunque sí algo largó, se destacaba como un pequeño infierno rojizo la roja brasa del horno donde se calentaban los hierros.

Un tipo barbudo de aspecto feroz y gran humanidad, con los brazos remangados y negros, batía poderosamente sobre el ascua roja de un trozo de hierro fabricando hábilmente una herradura. La faz del artista le fue altamente repugnante a Texas, quien, de un

agudo golpe de, vista, calculó la fuerza y la resistencia de aquel tipo con quien se las iba a tener que entender rudamente.

Se adelantó con el sombrero algo inclinado sobre los ojos, y, acercándose a él cuanto pudo, preguntó:

—Maestro, ¿podría usted herrar una pata de mi caballo?

Lorit, pues él era el que machacaba el hierro, emitió un gruñido poco traducible. Se hallaba de un humor terrible, y no sin motivos, pues había pasado una noche muy agitada debido al desastre que por la intervención de Texas y sus amigos habían tenido sus planes.

No había tomado parte directa en los ataques al almacén de Page y a la posada, estimando que las cosas se desarrollarían a su gusto, pero de madrugada tuvo noticias del descalabro sufrido por sus hombres, y estuvo a punto de tener un serio disgusto con Zenker, quien, escondido en su morada, había esperado el resultado de la trampa tendida a Texas y sus amigos.

Cuando, vista la tardanza de «Los Ángeles exterminadores» en regresar, obligó a Lorit a ir en persona a la posada, éste se dirigió a ella con media docena de hombres de los que encerraba en su casa como retén de ayuda, y sufrió una horrible crisis de nervios al encontrarla abandonada y descubrir muertos a los tres hombres de más confianza que tenía a mano.

Sobre el cadáver del ahorcado encontró el papel firmado por Texas y lo retuvo. Cuando regresó a la herrería, casi de madrugada, su ira era un volcán próximo a estallar.

Zenker se mostró tan hostil y furioso como él y estuvieron a punto de tener un choque personal. La nota de Texas había puesto fuera de sí al ex secretario de Spack, pues adivinaba, no sólo que había sido burlado, sino que el peligro que se cernía sobre él era inminente.

Insultó fieramente a Lorit, el cual estuvo a punto de partirle la cabeza con una banqueta, pero Zenker hizo valer su calidad de representante supremo de Brigham, y Lorit tuvo que guardarse sus nervios y escuchar con rabia, pero contenido, los insultos de Zenker.

—¡Es usted un asno que está poniendo en peligro la vida del patriarca! —gritó, para asustarle—. Le advertí que se trataba de sujetos tan peligrosos como el más fiero reptil, y les dio usted la importancia de un niño. Y, ahora, ¿qué hacemos?

—Les buscaremos de nuevo. Tienen que estar aquí. No han

transcurrido más de dos horas. Quizá, temerosos, se hayan refugiado en el palacio del gobernador para pedirle ayuda.

—Ese es mi temor. Yo necesito salir de aquí inmediatamente, pues, si yo faltase, todo se habría desconectado, pero usted tiene que localizarme a esos tipos. Le va a usted la vida en ello.

Y, furioso, abandonó la herrería para salir de Salt Lake City antes de verse expuesto a enfrentarse de modo inopinado con el peligroso trío.

Lorit destacó a uno de sus hombres para que reclutase gente que buscase a los tres indeseables de la secta por todos los hoteles y posadas de la ciudad, y él se reservó cinco hombres decididos en su morada para cualquier necesidad imprevista y para garantizar su vida si se veía también en peligro.

Lorit, astuto y precavido, vivía siempre en perpetua alarma de ser descubierto como uno de los jefes de «Los Ángeles Exterminadores», y había hecho disimular una estancia en el piso superior, donde siempre tenía gente dispuesta para cualquier servicio.

A la hora de abrir el establecimiento, a pesar de la fatiga y el malhumor, decidió bajar a cumplir con su obligación. Se sabía señalado por las autoridades, y no quería dar sensación anormal alguna, para que no se fijasen en él con más insistencia.

La pregunta de Texas le molestó. Trabajaba de modo automático y tenía el pensamiento muy lejos de la fragua y el yunque.

—No tengo herraduras forjadas —repuso, evasivo—. A la vuelta encontrarán otra herrería que les podrá servir.

Texas, sonriendo, replicó:

—No importa; podemos esperar a que forje alguna. Me gusta observar con la habilidad que trabajan ustedes el hierro.

Lorit maldijo la curiosidad del inoportuno cliente y no quiso seguir negándose. Terminaría de forjar la que tenía entre manos y se desharía de aquel curioso.

Cuando terminó la operación, arrojó la herradura a un cubo de agua, donde el hierro candente penetró chirriando, y, dejando el pesado martillo en tierra, se adelantó, diciendo:

—Déjenme que vea la pata del caballo.

Se adelantó, y Texas y Born se separaron para dejarle pasar entre ambos, pero cuando lo intentaba se vio detenido por dos

revólveres que, aplicados a sus costados, le impedían todo movimiento defensivo.

Texas, con acento frío y en voz baja, ordenó:

—No se mueva, Lorit, o no tendrá tiempo a dar un paso más. Supongo que estará bien informado a su costa de lo peligrosos que somos ciertos individuos que procedemos de California.

Lorit se estremeció. Adivinaba que había caído en manos nada vulgares, y su cerebro fértil y cruel empezó a trabajar como una máquina, estudiando las pocas posibilidades que poseía de deshacerse de aquellos terribles enemigos.

De momento, quedó envarado. Adivinaba que si intentaba cualquier movimiento sospechoso se desharían de él de forma rápida, y no era por la fuerza, sino por la astucia, como podría burlarles.

Hoscamente, exclamó:

—¿Qué intentan? No sé quiénes son ustedes, y…

—Bueno, ya lo comprobaremos después. Haga el favor de volverse y subir por aquella escalera. Hablaremos más cómodamente libres de la curiosidad de cualquier transeúnte.

Lorit protestó:

—No puedo dejar el establecimiento abandonado.

—No se preocupe; hemos puesto una buena guardia a la puerta. No le robarán nada.

Y Texas le empujó ásperamente hacia el fondo, donde había descubierto la escalerilla que conducía al piso superior.

Lorit obedeció sin protestar. Le agradaba más encontrarse arriba, donde, no muy lejos de su voz, se encontraban encerrados varios hombres que podían ayudarle a deshacerse de aquellos misteriosos enemigos.

Sin perder el contacto con él, le obligaron a dirigirse a un pequeño comedor, donde, libres de curiosas miradas, Texas exclamó:

—Bueno, amigo Lorit, le acompaño en el sentimiento por el fracaso que esta vez han sufrido sus angelitos… El ángel del exterminio número uno debió informarle mejor de la clase de tortugas que somos nosotros. No se rompe nuestro caparazón con un simple palo.

Lorit, furioso, rechinaba los dientes y giraba los ojos de un lado

a otro buscando una salida, pero Texas advirtió brutalmente:

—Si le es grato verse con los sesos pegados a una pared, intente algún truco para escapar.

El herrero, tratando de dominarse, bramó:

—¿Qué diablos quieren ustedes de mí? No sé una palabra de cuanto me están hablando.

—Bueno, ya le avivaremos la memoria. Poseemos métodos especiales para ello. ¿Dónde está en este momento el señor Lane, o como se quiera llamar en este infierno de ángeles de alas negras?

—No sé de quién me hablan.

—Es lamentable que padezca esa clase de amnesia. Born, abajo hay un horno encendido. Haga el favor de meter en él un buen hierro, y, cuando esté al rojo vivo, súbalo, que vamos a avivarle la memoria a este angelito perdido sobre la tierra.

Lorit dejó reflejar en sus crueles ojos el horror que le había causado la orden, y musitó:

—No, no; yo les diré lo que pueda. Lane se marchó furioso esta madrugada porque fracasó el ataque que había organizado contra ustedes para suprimirles.

—Es muy valiente Lane. ¿Dónde se dirigió?

—No dijo dónde. Estaba que ardía de rabia. Todo fue obra de él. Yo no hice más que buscar por orden suya unos cuantos mormones que se pusieran a sus órdenes. Realmente, yo no supe sus planes hasta que vino a reprocharme que los hombres que le había buscado no tuvieron suerte en su empresa.

—Claro, claro. Usted es un alma pura e inocente que flota en el vacío de un modo ingrávido. Lo malo es que alguno de sus secuaces cantó de plano antes de entregarse a la pesada tarea de estirar cáñamo con el cuello y le acusó directamente. Como verá, sabemos muchas cosas muy interesantes, y es inútil que trate de pretender desorientarnos.

—¡Ese hombre fue un embustero! —Rugió Lorit fuera de sí—. Yo solamente les busqué para que hablasen con Lane.

—¿Y por qué le buscó Lane a usted, precisamente, para que le proporcionase esos hombres?

—Porque, como soy mormón, y eso no lo niego, sabía que yo conocía a todos los que quedaban en la ciudad.

—A todos los granujas que quedaban, querrá usted decir.

—Bueno, si usted lo afirma…

—Lo cual indica que usted era un granuja de más talla que los demás. Estamos perdiendo el tiempo, Lorit y lo mejor es que sepa perder y hable. Quizá saque algún beneficio de ello.

—¿Qué puedo yo hablar?

—Algo muy importante. Por ejemplo, ¿dónde está Young Brigham?

—No lo sé —afirmó con decisión el herrero.

—Bueno, Born, baje a calentar el hierro. Se nos hace muy tarde.

Born bajó a cumplir la orden, mientras Lorit gemía:

—¡Le juro que no lo sé! ¡De verdad que no lo sé!

—Usted no sabe nada, pero es el agente principal de esos sapos venenosos. Mucho me temo que sufra un empacho de ignorancia y reviente con él.

—Le repito que le he dicho la verdad…

—Bueno, ahora vamos a controlarla… Born, suba ese hierro cuando esté para poderle asar los ojos a nuestro querido amigo Lorit.

El herrero estaba aterrado. Miraba furiosamente a Texas y adivinaba que no era hombre que lanzase amenazas en broma.

Born se asomó a la escalera, exclamando:



—Preparado, Texas. Eso va estando. Creo que si le marcásemos primeramente unas herraduras en los pies por animal, le sentarían muy bien.

—No está mal la idea. Ayúdeme a descalzarle.

Lorit intentó un golpe de suerte y trató de revolverse saltando sobre Born, pero el revólver de Texas le alcanzó en el viaje y un terrible golpe en la cabeza que le abrió una brecha regular le obligó a caer al suelo, rugiendo como un toro herido.

Texas cayó sobre él, sentándose sobre su pecho, al tiempo que le aferraba los brazos, y Born le arrancó una bota.

—Bien —dijo Jim cuando le vio descalzo— Suba ese hierro y aplíqueselo al talón. Que sea una herradura digna de tan buen cliente.

Born reapareció con un hierro cuya punta estaba al rojo vivo y se acercó a Lorit. Éste encogió la pierna y la sacudió ferozmente, al tiempo que gritaba:

—¡No, no!… ¡Por favor! Hablaré, pero suéltenme.

Texas aflojó la presión, permitiéndole que se levantara, mientras Born, con el candente hierro en la mano, trataba de mantenerle a

raya por si intentaba algún truco.

—¿Dónde se esconde Young?

—En la Big Mountain, a quince millas de aquí. Allí, en un lugar al que no he ido nunca, porque sólo le conocen Lane y dos o tres más, tiene un excelente refugio entre lo más abrupto de los peñascales. Sé que es un lugar difícil de localizar. Con él tiene varias de sus mujeres, y por allí se esconden bastantes adeptos a nuestra secta. Mátenme, si quieren, pero no puedo darles más detalles.

—Y Lane, ¿dónde está?

Lorit pareció dudar un momento. En realidad, no dudaba, sino que fingía. Había dejado que sus enemigos llevasen la amenaza hasta el límite, para dar más teatralidad al golpe que intentaba. Si le salía bien, no tardaría en cobrarse el mal rato que le habían hecho pasar.

Texas, observando su vacilación, ordenó:

—¡Born, el hierro antes que se enfríe!

Pero Lorit retrocedió hasta la pared, suplicando:

—No, lo diré, y que sufra los mismos tormentos que yo estoy sufriendo por él.

Y, señalando el pasillo, exclamó:

—Al final de este pasillo hay una estancia disimulada. Aquí está la llave. Dentro le dejé durmiendo cuando bajé a la herrería.

Texas tomó la llave y ordenó:

—Born, sujétele bien por un brazo y hágale avanzar con nosotros. Vamos a ver si es cierto que la casualidad nos ha puesto a ese tigre entre las manos.

Con la llave empuñada y el revólver presto a disparar, avanzó. Born había tomado por un brazo a Lorit y le empujaba por delante de él, sujetando el hierro aún candente, amenazaba con él al herrero.

Texas se acercó con sigilo e introdujo la llave en la cerradura, que se disimulaba con un trozo de friso de madera que tuvo que girar a un lado. Cuando la llave quedó corrida, empujó suave pero reciamente la puerta y la abrió.

En aquel momento un rugido de feroz alegría brotó en los resecos labios de Lorit, al tiempo que como un tigre se revolvía tratando de arrebatar el hierro de manos de Born, y del interior de

la secreta estancia surgían cinco tipos de feroz aspecto armados de revólver.

Born, por un movimiento intuitivo, movió bruscamente el brazo, tirando del hierro, y las manos tensas de Lorit, al tratar de aprisionarlo, se escurrieron a lo largo, aferrándose a la parte candente. Un rugido inhumano brotó de su garganta al sentir la feroz quemadura y soltó el hierro, al tiempo que Born, rabioso, lo dejaba caer sobre su cuello, en el que marcó no sólo la huella del golpe, sino otra nueva quemadura que enrojeció la piel del herrero como si fuese una herida próxima a reventar en sangre.

Lorit, rugiendo de un modo alucinante, se dejó caer al suelo, retorciéndose entre alaridos de dolor, al tiempo que varias detonaciones atronaban el pasillo y el humo de los disparos ponía un velo azulino que medio borraba las figuras.

Texas, al darse cuenta rápida de la trampa que le habían querido tender, disparó con la ligereza peculiar en él.

Y dos de los mormones cayeron al suelo alcanzados en el pecho, mientras que varios proyectiles le dibujaban y uno le rozaba la mejilla marcando una huella ligera de sangre en ella.

Pero ya Born, que había quedado libre de Lorit, con celeridad pasmosa había acudido en auxilio de Texas, y, sin tiempo a buscar el revólver, alcanzó con el hierro en el rostro a uno de los mormones, que, abrasado, dejó caer el arma y saltó como un simio, llevándose las manos a la parte chamuscada.

Texas aún alcanzó a un tercero, que vaciló, y pudo disparar, sin puntería para herirle, y el último, al ver perdida la partida, saltó elásticamente tratando de apartar a Born y alcanzar el pasillo, pero el hierro se interpuso en su viaje y sintió la quemadura en la boca al tropezar con él.

Como el anterior, el instinto del dolor le obligó a soltar el arma cuando Texas le alcanzaba con un disparo que le obligaba a caer a tierra sobre el montón que formaban sus compañeros.

La lucha fue rápida, pero, a pesar de ello, cuando el humo se disipó un poco y pudieron ocuparse de sus enemigos, observaron con asombro que Lorit, a pesar de sus terribles quemaduras, había aprovechado los pocos momentos de distracción de sus enemigos para ganar a rastras el pasillo y huir.

—¡Por Judas!… —gritó Texas—. ¡Que se nos escapa!

Y echó a correr pasillo adelante, dejando a Born al cuidado de los caídos.

Realmente, ninguno era peligroso. Tres se debatían entre espasmos de agonía, otro había muerto, y el que sufriera la quemadura se retorcía en tierra sin apenas darse cuenta de lo que sucedía alrededor.

Texas descendió como una flecha por la escalera, pero al llegar al final de ella se paró en seco. Dentro de la herrería se estaba celebrando una lucha impresionante, que le obligó a detenerse para contemplarla.

Lorit no había contado con Nino, que vigilaba como un lobo la salida, y el mejicano, apenas vio surgir al herrero con aquel gesto de loco y las huellas de las quemaduras en el rostro, adivinó que había conseguido fugarse, y se interpuso ante él, deteniéndole bruscamente en la puerta con su pesado cuerpo.

El choque fue brutal. La fuerza inicial de la huida obligó a Lorit a golpear con fuerza sobre el duro armazón del mejicano, rebotando en él como si se tratase de una piedra, y, rabioso al ver obstruida la salida por aquel obstáculo con el que no había contado, se revolvió, aferrando un recio martillo, dispuesto a abrirse paso, de modo sangriento.

Pero ya Nino se había arrojado sobre él, deteniendo en el vacío el golpe mortal. Sus dedos de acero apretaron la dura muñeca de Lorit hasta obligarle a emitir un rugido terrible, y le empujó hacia adentro.

Pero la fuerza de la desesperación centuplicaba las fuerzas del mormón, que se resistía a ceder, y una lucha tremenda se entabló entre ambos, lucha en la que Nino se vio obligado a realizar esfuerzos nada comunes para reducir a aquella fiera.

Le había obligado a soltar el pesado martillo, pero el herrero se defendía con brazos, pies y dientes, tratando de deshacer la presión agobiante que sufría.

Nino, al sentir sobre sus carnes los agudos cuchillos de los dientes de su enemigo, rugió a la par que él y, en un arranque supremo, consiguió aplastarle contra la pared, al tiempo que le clavaba la rodilla en el vientre con tal ira, que los huesos de la espina dorsal del herrero crujieron brutalmente y su silueta se encorvaba hacia adelante entre berridos de locura.

Lorit aflojó su presión de defensa, y Nino, que sentía un terrible escozor en el brazo a causa de la feroz mordedura de Lorit, levantó a éste en el aire, y, con aquella fuerza salvaje que la Naturaleza le había donado, lanzó al herrero como una pluma hacia el fondo, estrellándole contra el rojo hornillo atestado de carbón encendido.

El hornillo saltó como una pelota, el carbón se desparramó y Lorit cavó entre él, mientras su cráneo crujía a la rabiosa caricia de las brasas y se retorcía en un último espasmo, para quedar rápidamente tenso y sin vida.

Texas, a pesar de su dureza de temperamento, no pudo resistir la terrible visión, y exclamó con voz velada:

—¡Por Judas, Nino! ¡En mi vida he visto nada más salvaje en ti que esta hazaña!

—Sí, ¿eh? ¡Cómo se conoce que no has sentido en tus carnes la furia y el veneno de los dientes de ese reptil!… ¡Mira, manito!

Se alzó la manga y mostró la huella rojiza y sangrante del feroz bocado. Dos surcos profundos marcaban los recios dientes de Lorit, y en el centro, entre ellos, se formaba una roja pelota como una manzana que amenazara con desprenderse y caer al suelo.

Texas, comprensivo, murmuró:

—Tienes razón. Nino. Átate fuertemente un pañuelo hasta que podamos curarte. Creo que te va a quedar un recuerdo mientras vivas de esta aventura.

—¡Bueno va! Pero el que yo le he dejado a ese pringao no es pequeño. Claro es que él no se enterará ya de mis métodos para arreglar estas cosas, ¡maldita sea Jalisco!

Y, mientras se ataba el brazo con un pañuelo, Texas ascendía al piso donde había dejado a Born.

Éste vigilaba a los caídos pero nada había que hacer con ellos. Sólo existía ya un superviviente, y a causa del dolor de las quemaduras había perdido el sentido.

—Vamos —dijo Texas—, aquí no tenemos ya nada que hacer.

Descendieron a la herrería, uniéndose a Nino, y en el momento en que intentaban salir se vieron con el paso cortado por cuatro individuos que, con los revólveres empuñados; les dieron el alto.

Nino se dispuso a combatir contra ellos a pesar de la amenaza de sus armas, pero unas palabras pronunciadas por uno de ellos obligaron a Texas a detener el brazo del mejicano.

—¡Alto! —gritó uno de los recién llegados—, ¡Policía del gobernador!

Texas se adelantó, diciendo:

—Bien venidos, señores. Llegan ustedes un poco tarde para tomar parte en el festejo, pero no importa, les brindaremos el botín. Arriba tienen ustedes, los despojos de cinco «ángeles exterminadores» y por ahí andan los restos de uno de sus más destacados jefes.

—Bien; y ustedes, ¿quiénes son?

—Si tiene la bondad de llevarnos a presencia del gobernador, él podrá decírselo.

—¡Oh, claro que les llevaré! No supondrán que les voy a dejar marchar tranquilamente después del tumulto que han armado y de la hecatombe que acaban de provocar.

—Bueno, pues haga el favor de no tardar, porque tenemos mucha prisa. Envíenos con alguien al palacio del gobernador, y mientras, que se entretengan a recoger esas carroñas.

El jefe dio orden a dos de sus hombres para que acompañasen a los detenidos, mientras los otros dos formaban guardia ante la herrería despejando la calle, en la que se habían agrupado muchos curiosos.

Texas ardía en deseos de llegar cuanto antes al palacio gubernamental. Temía que se corriese la voz por el poblado y algún grupo de descabezados intentasen una agresión contra ellos por sorpresa.

Seguidos de algunos curiosos, llegaron por fin al palacio, un edificio de dos pisos situado en uno de los lugares más céntricos de la ciudad, y mientras la guardia del palacio quedaba vigilando a los detenidos, el jefe de la patrulla subió al despacho a dar cuenta al gobernador de la detención y de la contestación que los presos le habían dado.

Mientras esperaban, Born, un poco nervioso, preguntó:

—Texas, ¿cree usted que esto pueda traer alguna complicación? Nos hemos excedido sin previa justificación, y como el gobernador sea un poco quisquilloso…

—No se preocupe. Verá cuando le muestre mis documentos como se muestra convertido en una malva.

Y a una orden del policía; pasaron al despacho de la primera

autoridad de Utah.

Capítulo VII

Nino sigue haciendo méritos

EL gobernador era un hombre muy alto, recio como un álamo, de largo bigote gris y pelo canoso. Poseía un aire de militar del que no podía despojarse y sus movimientos eran nerviosos y rápidos.

Con ojos vivaces, esperaba la visita de los intrusos que se habían permitido alterar por su cuenta el orden en Salt Lake City, arrogándose unas facultades privativas en él, y estaba dispuesto a mostrarse duro e inflexible con quien se extralimitase a inmiscuirse en sus soberanas atribuciones.

Estaba orgulloso del éxito que había obtenido por su gestión personal en el asunto espinoso de los mormones, y se disponía a seguir llevando el caso sin injerencias ajenas.

Pero apenas vio entrar al famoso trío, clavó sus agudos ojos en la morena faz de Texas y, haciendo un gesto de cómica sorpresa, se adelantó con los brazos abiertos, exclamando:

—¡Por vida de todos los mormones!... ¿Qué diablos es lo que estoy viendo en este despacho? ¡Jim Texas!

Éste sonrió, y, correspondiendo al abrazo, repuso:

—¡El mismo, comandante Bruce!... ¡Pero si no sabía que

estuviese usted gobernando este infierno de la poligamia!…

—¡Oh!… Son las vueltas que da el mundo, querido Jim. Me rogaron que viniese a realizar aquí una limpieza, y tuve que aceptar. ¿Y usted? ¿Qué infiernos hace en este poblado destrozando los sapos que me pertenecen?

—Es una historia muy larga, pero se la contaré a usted todo lo brevemente posible. Ignoraba que estuviese usted al mando del Estado, y por eso no me apresuré a visitarle. Temí encontrarme con un desconocido poco comprensivo, y decidí obrar por mi cuenta, usando de las atribuciones particulares que me ha concedido el Gobierno.

Y de la manera más escueta posible relató todo el proceso de su lucha con Zenker.

El gobernador, que le había escuchado sin interrumpirle, comentó al final:

—Bien; conocía algo de sus éxitos en el asunto del «Ku-Klux-Klan», pero ignoraba que tuviese ramificaciones con los secuaces de Brigham. ¿De forma que el asunto de anoche en el almacén de Page también fue obra de ustedes?

—Pues… realmente, nosotros no intervenimos en el asunto. Fué una diversión particular que se proporcionó mi auxiliar, Nino Mendoza, aquí presente.

—¿Él sólo? —Preguntó, extrañado, el gobernador—. ¡Pero si han encontrado seis cadáveres metidos en otros tantos barriles!

—Ya le digo que fue un pasatiempo de Nino. Cuando yo acudí, no me dejó ni los huesos.

—Fué algo formidable. Creo que le pueden dejar solo por el mundo.

—Según. Solo es una nulidad; pero cuando se trata de velar por mí, no hay león en el Atlas capaz de competir con él.

—Bien; y ahora, ¿cuál es su plan?

—Sencillamente, poder aprisionar a ese maldito Oliverio Zenker. Tengo la seguridad de que es la mano infernal que mueve a los mormones. Sin él, ya estarían desalentados.

—¿Qué proyectos tiene trazados para localizarle?

—Realmente, ninguno. Todo lo que he podido averiguar es que Young está escondido en la Big con la plana mayor de los mormones y que por algún sitio de las rocas deben estar

emboscados unos cuantos cientos de sapos suyos, dispuestos a intentar un golpe de mano. Mi proyecto es poder localizar el refugio de Brigham. Si pudiéramos echarle mano y meterle en la cárcel, el problema mormónico habría desaparecido para siempre. Zenker caería o se vería obligado a huir, aunque lo que me interesa es eliminarle para siempre.

—No creo que su proyecto sea muy viable, Texas. Yo también tengo indicios de que andan refugiados por la montaña, pero para batir esa madriguera necesitaría unos cuantos miles de soldados. He insinuado la idea al Gobierno, y todo lo que me han ofrecido es la ayuda de cien o ciento diez soldados que hay en el campamento de Floyd, cerca del Cañón del Eco, pero, al parecer, están allí para vigilar los movimientos de los indios ocultos entre las montañas. No creo que con tan poca gente se conseguiría nada, pero si hiciesen falta podríamos disponer de ellos.

—Yo también creo que para una limpieza de esa naturaleza harían falta muchos cientos más; por ello es preferible que sea la astucia la que obre, supliendo a la fuerza. Me propongo filtrarme por las montañas y maniobrar astutamente en las sombras. Si logro descubrir la guarida, entonces, con esos soldados, bastaría para apoderarnos de Young y su plana mayor.

—Querido Texas, no creo que tenga que decirle que me tiene a sus órdenes para lo que pueda hacer en su obsequio, no ya porque posea poderes especiales del Gobierno, sino particularmente. Los que luchamos y nos ayudamos tan eficazmente en Richmond y demás localidades del Sur durante aquellos días angustiosos de la guerra, estamos obligados a seguir haciendo lo propio, pues, a final de cuentas, esto es una continuación de la guerra contra los enemigos de la paz de la Nación, aunque sea dentro de otro orden de estrategia.

—Así es, mi comandante. De momento, sólo me interesa una cosa. Supongo que los elementos emboscados en la plaza pertenecientes a Brigham estarán ya al tanto de nuestra presencia y movilizados para espiarnos. Mi interés es poder salir de aquí esta noche sin que nos puedan seguir o correr las voces para que nos entorpezcan aún más nuestra labor. Si en eso puede ayudarme, lo demás corre de nuestra cuenta.

—Bien; ¿dónde piensan parar hasta la noche?

—Pues… esto es lo malo, que no tengo idea alguna sobre ello.

—Verá, yo sí. Se van a quedar ustedes aquí como huéspedes míos, hasta la hora de partir. Yo voy a hacer que se corra la voz de que les he detenido y encerrado en mi palacio para someterles a un proceso. Esto les desorientará de momento y les hará permanecer tranquilos. A la noche, haré dar una batida por los alrededores del palacio para no permitir ningún espía, y haré que les acompañen hasta las afueras del poblado. Saldrán ustedes por el lado contrario a la montaña, que será el menos vigilado, y después, dando un rodeo, pueden ustedes alcanzar el camino de la Big. Si necesitan ustedes escolta, pídanmela y algunos hombres puedo proporcionarles.

—No —respondió Texas —si acaso… alguien que conozca bien la montaña. Eso sí nos sería útil.

—¿Alguien que la conozca? ¡Esperen! Tengo entre mis hombres un individuo que fue conductor de diligencia de la Gran Línea y más tarde estuvo al servicio de los «Vigilantes de Wyoming». Ése conoce eso muy bien.

—¿Hombre de confianza?

—En absoluto. No tiene nada de mormón.

—Pues le agradeceremos que nos lo preste por unos días. Nos será muy útil.

—Pues no se hable más. Voy a dar las órdenes oportunas para que se sepa que les he detenido y para que nos preparen un buen almuerzo. Este encuentro hay que celebrarlo, sobre todo teniendo en cuenta que, como antaño, volvemos a encontrarnos con las armas en la mano luchando contra los enemigos de la Patria. Espero que la justicia, que está de nuestra parte, nos ayudará a vencer.

—Así lo creo yo también, mi comandante.

El gobernador llamó a su secretario y le dio instrucciones adecuadas. Luego puso a los tres aventureros en manos de uno de sus servidores para que les atendiese, procurándoles una estancia donde pudieran descansar hasta la hora del almuerzo.

Texas estaba muy satisfecho del providencial encuentro con el gobernador. Su ayuda podía serles muy necesaria en algunos casos, y obrarían de común acuerdo con él, sin provocar la envidia de forzarle a secundarles por mandato superior.

Fué una comida agradable que sirvió para remozar tiempos un

poco olvidados y hazañas heroicas que para los protagonistas apenas si habían poseído mérito alguno al llevarlas a término, y los cuatro relataron a turno graciosas anécdotas de los campamentos, que les hicieron reír al recordarlas, aunque la mayoría de ellas encerraban un dramatismo intenso.

Por la noche volvieron a reunirse a la mesa, y los agentes del gobernador le llevaron informes sobre la vida en la ciudad, que el comandante transmitió a sus huéspedes.

Se había observado alguna agitación. Varios individuos sospechosos habían sido detenidos en los alrededores del palacio y se había dado una nueva batida, capturando a diversos ángeles exterminadores a los que se andaba buscando hacía algún tiempo, y esta actitud enérgica del gobernador parecía que había infundido una nueva ola de miedo entre los mormones, que se retraían a la espera de que aquella erupción gubernamental remitiese un poco.

—Me apuesto lo que quieran —aseguró el gobernador— a que esta noche no se atreve a salir nadie a la calle después de la puesta del sol. Resultaría muy peligroso por las patrullas que van a hacer la ronda. En efecto, aquella noche después de las diez, Salt Lake City parecía una población despoblada. Sólo circulaba la policía por dobles parejas, y los vecinos que se atrevían a salir a la calle lo hacían sabiéndose bien garantizados por sus antecedentes y personalidad.

A las doce, cuando ya se hallaban preparados para partir, se dio una nueva batida por los alrededores del palacio, comprobándose que estaban desiertos.

Texas, Born y Nino, a quienes el ex comandante había dotado de determinados utensilios solicitados por ellos, poseían víveres y menaje para poder pasar algunos días en la montaña sin morirse de hambre, y en cuanto a armas y municiones, iban bien dotados.

Se despidieron con efusivos apretones de manos, y, escoltados por media docena de hombres, abandonaron el palacio por una de sus puertas laterales.

Diez minutos más tarde se encontraban en las afueras del poblado, donde un policía les informó que el camino estaba libre.

La noche, clara pero sin luna, les permitía caminar bastante aprisa sin desviarse del camino, y cuando recorrieron un par de millas hacia el Oeste viraron con brusquedad para trazar un amplio

semicírculo por el Sur (el Norte lo cerraba la montaña), y se hallaron en la parte Este, que conducía a la Big Mountain.

Rápidamente empezaron a caminar por un terreno que empezaba a accidentarse y a subir en cuesta. Era la estribación de la montaña que ya ascendería durante millas y millas, hasta culminar en el célebre Paso del Sur, para descender al otro dado de las Rocosas.

El sendero natural era bastante espacioso, aunque nada liso, pero los caballos no encontraban obstáculo para avanzar por él.

Nadie había podido verles ni seguirles en aquella dirección, pero corrían un único peligro. El de que los mormones tuviesen montado un activo servicio de vigilancia entre los accidentes del terreno y su presencia fuese descubierta rápidamente.

Pero no podían evitarlo, al menos hasta adentrarse un poco en la escarpada y descubrir algún refugio entre los peñascales que les permitiese burlar esta contingencia.

Caminaban con los rifles atravesados sobre las sillas, prontos a hacer uso de ellos al menor síntoma de alarma, y de vez en vez uno de ellos descendía del caballo, aplicaba el oído al duro piso y escuchaba.

Pero no se captaba la aproximación de ningún jinete, y la esperanza de poder avanzar sin ser descubiertos iba animándoles.

Texas se apeó una de las veces, y, al aplicar el oído sobre la dura piedra, se envaró, haciendo señas a sus compañeros para que se detuviesen.

—¡Cuidado! —advirtió—. Oigo un rumor muy raro, como si patearan caballos, pero no es el clop-clop rítmico del trote de una cabalgadura. Diríase que es ganado que se haya detenido.

Buscaron un lugar propicio donde esconder sus monturas y ponerse al abrigo de una sorpresa, y cuando lo encontraron dejaron bien resguardados los caballos y celebraron consejo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Born. Si es una patrulla de vigilancia que han montado, no podremos pasar sin ser descubiertos. No hay más camino viable que éste.

—Quédense aquí —ordenó Texas. Voy a intentar acercarme.

—No —gruñó Nino—. Tú no vas solo, manito. Si son varios, podrían cazarte por sorpresa. Deja que vaya yo…

—Iré yo —afirmó, enérgico, Jim —No soy ningún niño para que

me enseñes a realizar descubiertas, Nino.

El mejicano emitió un gruñido y se replegó hacia atrás.

Cuando Texas se enfadaba por algo, Nino se sentía más dolido que si le hubiesen clavado agujas entre las uñas.

Texas, que le conocía, se arrimó a él y, palmoteándole en el hombro, díjole:

—No gruñas así, viejo gorila, que te pones más feo que eres. Conozco tus sentimientos y te agradezco el interés en evitarme peligros, pero esto es misión mía. Soy más ágil que tú y puedo escurrirme mejor por cualquier agujero.

El mejicano se sintió complacido por la explicación, y Texas, con el revólver empuñado, se dispuso a realizar la peligrosa tarea.

Examinó atentamente los farallones que se erguían a ambos lados del sendero, y, aprovechando las coyunturas para ello, trepó como una cabra por el del lado de la izquierda, hasta alcanzar el remate. Caminando con cautela por aquel peligroso paso, podía distinguir el sendero desde más larga distancia sin mostrarse al descubierto, y, en caso preciso, permanecer escondido entre las grietas y pedruscos que formaban el remate.

Con sumo cuidado para no resbalar y caer, pues el talud ascendía a medida que avanzaba, fue ganando terreno. A sus pies distinguía la dura senda, pero hacia adelante no podía aún divisar nada, porque el camino torcía con brusquedad cien yardas más allá y las cabalgaduras debían encontrarse al otro lado del recodo.

Tras un camino áspero alcanzó la revuelta, y tumbado sobre los peñascales echó una mirada hacia adelante. El sendero formaba una especie de glorieta, y en ella se alzaba un tinglado de cabañas de adobe con techos de trabazón y un amplio corral adosado a los pobres edificios.

Ante la puerta, de uno de ellos se hallaban detenidas seis mulas fuertes, poderosas y bien cuidadas. Dos individuos humildemente trajeados cuidaban de ellas.

Texas sonrió al hacer el descubrimiento. Se trataba de una estación de recambio de ganado para las diligencias que aún rodaban por las Rocosas haciendo el viejo recorrido desde San Joseph de Missouri a Santa Fe. El servicio ya no era tan intenso como cuando sólo el material rodante de la «Halliday y Compañía» enlazaba el Este con el Oeste. El ferrocarril había casi dado al traste

con el tráfico rodado por la antigua senda, pero aún se defendía desesperadamente y una diligencia cada tres días hacía el servicio para los que no gustaban del ferrocarril, o los que se hallaban apartados de la línea férrea.

Rápidamente regresó junto a sus compañeros, diciendo:

—Es una estación de recambio de ganado para las diligencias. Debe estar para llegar alguna y tienen las mulas preparadas. Si queremos seguir avanzando, no tenemos otra solución que cruzar por delante de la estación.

—Es un fastidio —indicó Born—; para eso, no hacía falta haber caminado con tantas precauciones. Si tienen espías entre el personal de la estación, y los tendrán, pronto registrarán nuestra presencia y correrán la voz. Me parece que no hemos logrado nada práctico.

—Eso estoy yo pensando, pero no hay solución.

—Pues adelante; lo que tenga que suceder, que suceda lo antes posible.

Montaron a caballo, y a paso lento, con las armas prestas a ser usadas, avanzaron hacia la estación. Cuando apenas habían adelantado unas yardas, sintieron a su espalda un rumor sordo de cascos de caballo golpeando la dura piedra y el tintineo metálico de unas campanillas.

—¡La diligencia! —exclamó Nino—. ¡Maldita sea Jalisco! Me dan ganas de asaltarla y salir galopando en ella.

—Y viene del Oeste; no baja del Paso —afirmó Born —Yo creí que vendría de San Joseph.

—Quizá sea lo mejor —apuntó Texas —porque al menos no vendrán mormones en ella.

—Pero pueden subir hacia arriba, y se extrañarán de nuestra presencia.

—Bueno —dijo Texas —quizá tenga usted razón. Ya veremos quiénes vienen en ella, y si es preciso… no llegarán antes que nosotros.

Avivaron el paso de los caballos y llegaban al puesto cuando el pesado carromato les alcanzaba frente a la estación de recambio.

Los mozos se apresuraron a lanzarse sobre los cansados caballos y los desengancharon con maestría, mientras los viajeros que ocupaban el vehículo descendían para estirar las piernas.

Ocupaban el pesado armatoste doce individuos de rostro mal

encarado, barbudos en su mayoría, portando sendos rifles atravesados sobre el hombro y a la cintura, pesados «Colt».

Los tres aventureros, que se habían pegado al talud, quedando un poco rezagados en la sombra, detuvieron sus caballos, y expectantes esperaron sin saber el qué.

El barullo de la llegada de la diligencia parecía haberles borrado del paisaje a los ojos de los recién llegados y de otra media docena de tipos parecidos que surgieron de una de las chozas que formaban la estación.

Del carruaje habían descendido todos, y entre ellos un tipo grande como un búfalo, que era sacado entre dos compañeros.

Uno de los que esperaban en la estación se adelantó, gruñendo:

—¡Michael!… ¿Qué es eso?

El gigante, tambaleándose al pisar tierra firme, gruñó:

—¿Qué va a ser, cuerpo del demonio? Que estos salvajes me han hecho beber un poco más de la cuenta para celebrar el viaje. Teníamos prisa en llegar y… nos apoderamos de este cacharro en Saltair. Hemos dejado al cochero y a los viajeros en un cañón, y nos hemos adelantado por nuestra propia cuenta. Ahí en el pescante tienes a Garfield, manejando las riendas como en sus buenos tiempos de conductor de la Gran Línea. Creo que seremos los primeros en llegar al campamento de Floyd… ¿Qué hacéis aquí vosotros?

—Esperando a los que faltan. Tengo orden de conducir a todos al lugar designado para el golpe.

El grupo se había arremolinado frente a la puerta de la choza, teniendo la diligencia interpuesta entre ellos. Su animación era tal, que no se habían dado cuenta de la presencia de los tres jinetes pegados al farallón.

Los dos mozos ocupados en renovar el tiro de mulas se hallaban en la parte contraria tapados por la diligencia, y Texas, haciendo una seña expresiva a sus compañeros, avanzó el caballo muy despacio y rodeó la cerca del corral del ganado, situándose tras ella.

—Si no lo veo, no lo creo —susurró al oído de Born —Están tan bebidos todos, que ni se han fijado en nosotros, y si se han fijado, nos han tomado por unos de tantos…

—¿Qué adelantamos con eso? —preguntó Born.

—No lo sé. Esperemos a ver qué hacen.

—Seguirán hasta el campamento, ya lo ha oído usted. Y ese tipo se quedará esperando al resto.

—Si no se queda más que él, me parece que se quedará para siempre… ¡Silencio!

Los dos mozos habían penetrado en la corraliza con las mulas que acababan de desenganchar. La cerca, muy baja, permitía dominarlos desde la silla del caballo.

Texas ordenó por lo bajo:

—Encañónenles y oblíguenles a no moverse. Voy a saltar la cerca.

Born y Nino apoyaron los rifles en el reborde de la cerca, encañonando a los dos mozos, al tiempo que ordenaban a media voz:

—¡Quietos! ¡Si os movéis o dais un solo grito, os clavamos a tiros!

Los dos mozos, aterrados, levantaron las manos, y Texas saltó la cerca, cayendo dentro del corral.

Se acercó a uno de los mozos, ordenando:

—¡Habla pronto, o no saldrás vivo de aquí! ¿Quiénes son esos tipos que están ahí fuera?

—Mormones —aseguró el mozo—. Llegaron de improviso y asaltaron la estación, adueñándose de ella. El guarda estación quiso oponerse y le mataron de un tiro, arrojando su cadáver a un barranco. Nos dieron orden de tener preparado el ganado, pues pensaban apropiarse de la diligencia; pero, por lo visto, se les han adelantado.

—¿Han oído ustedes algo de lo que hablaban?

—Poco, pero algo. Ese barbudo, que es el jefe, ha dejado insinuar algo sobre un campamento en Flyod, donde hay armas y tres cañones. He supuesto que pretenden asaltarlo.

—Bueno, muchachos, me parece que no van a llegar a tiempo. Podéis salir, no os echen de menos, y cuidado con dar a conocer que estamos aquí. ¿Tenéis armas?

—No. Se han apropiado de las que había en la estación.

—Bien; procurad colocaros donde no os pueda llegar un proyectil, pues seguramente habrá festejo de tires. Largo, antes que entren.

Los dos mozos abandonaron el cobertizo, saliendo a la

explanada, y Texas, con el revólver amartillado, quedó pegado a la puerta del corral escuchando.

El grupo seguía discutiendo, hasta que el barbudo dijo:

—Bueno, Michael, la diligencia ha repuesto el ganado. Os podéis largar y llevaros a éstos. Yo me quedo aquí a esperar a los demás que no pueden tardar.

Michael fue subido al carruaje entre dos y el resto se acomodó en el vehículo, mientras el improvisado cochero hacía restallar el látigo y los fogosos animales emprendían el trote pendiente arriba con dirección al Paso.

El barbudo se quedó plantado en mitad de la senda, viendo partir la diligencia, pero cuando se disponía a volverse para regresar a la choza, sintió algo duro, en la espalda y una voz metálica que advertía:

—No se mueva, amigo, o le tendré que administrar unas píldoras muy buenas para el dolor de riñones…

El barbudo tensionó sus nervios y volvió la cabeza con asombro, descubriendo la dura faz de Texas que le contemplaba burlonamente.

Pero al tiempo descubrió dos jinetes que con los rifles en la mano le contemplaban a su vez sonriendo.

—¡Maldición! —rugió el barbudo—. ¿Quiénes diablos son ustedes?

—Unos angelitos con espuelas que van a dar unos azotes por revoltosos a los «angelitos exterminadores». Haga el favor de aclararse la garganta, porque le voy a hacer cantar muy alto. Nino, acércate y aligera a este tipo de peso.

Nino le arrancó el revólver de un tirón que casi le tumbó de espaldas, y Texas, volviéndole de frente, dijo:

—¿A dónde va esa preciosa colección de sapos con ese vehículo que han robado?

—¡Al infierno! ¿Qué le importa a nadie dónde van?

—Nino —rogó Texas—, haz el favor. El señor tiene dolor de muelas y necesita una extracción rápida. Sírvele.

El mejicano no se hizo esperar. Antes de que el barbudo tuviese tiempo a esquivar el golpe había recibido en la boca tan terrible impacto, que lanzó un «¡oh!» intraducible, y de repente escupió sangre y con ella algunos de los partidos dientes.

—No está mal —dijo Texas —No guardes tus instrumentos, que acaso necesites emplearlos de nuevo. ¿Dónde va la diligencia?

—¡A Floyd! —gruñó el barbudo, mirando con ojos asesinos a Texas.

—¿A qué?

—No lo sé… Les han enviado allí.

—Nino, continúa operando…

El mormón saltó como una rana, rugiendo:

—¡No! ¡No!… Van al campamento militar.

—¿A qué?

—Pues… creo que allí hay armas y cañones. Tienen orden de asaltarlo y apoderarse del arsenal.

—¿Para qué?

—Lo ignoro…

—Nino, otro par de muelas de este sapo…

El barbudo, rabioso y aterrado por los terribles puños del mejicano, volvió a retroceder, rugiendo:

—¡Basta!… Quieren volver a Salt Lake City a echar al gobernador y a poner en su lugar al patriarca.

—Ya nos vamos entendiendo… ¿Y cuántos irán al campamento?

—Eso sí que no lo sé, pero los suficientes para asaltarle.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

Texas se quedó dudando. Tenía mucha prisa en obrar, pues su idea era alcanzar la diligencia antes de que llegase a su destino.

Volviéndose al barbudo, preguntó:

—¿Quién ha matado al guarda estación?

—Pues… quiso agredirme con su revólver… y yo… no quería hacerle daño…, pero… me vi obligado…

Texas llamó a los dos mozos, que estaban gozando lo indecible al observar el estado del mormón, y preguntó:

—¿Es cierto lo que dice este felpudo?

—¡No! —gritó uno de los mozos valientemente—. Se presentaron los seis y nos amenazaron con sus revólveres. El jefe quiso oponerse, y este bandido disparó sobre él a boca de jarro.

—Bien. ¿Dónde está el cadáver del jefe?

—Lo han arrojado por ese precipicio. Aún no estaba muerto cuando le tiraron.

—Perfectamente. Nino, envía al señor a buscar el cadáver del jefe.

El barbudo, al oír la orden, emitió un rugido de espanto, y, con celeridad impropia de su humanidad, trató de huir pendiente abajo, pero Nino, que también estaba entrenado para correr con ligereza, salió tras él, amenazándole con el revólver, mientras gritaba:



—¡Párate ya, pringao asqueroso, maldito sea todo Méjico! Párate, o creo yo que te voy a pintar una barba en los riñones a tiros, ¡repinto!... De, Nino Mendoza no se ríe ningún sapo cornudo como tú... ¿Me oyes, pringao del demonio?

Pero su enemigo, con las fuerzas de la desesperación, corría más que Nino y amenazaba con dejarle atrás a pesar del esfuerzo que estaba realizando.

Jadeante y furioso, Nino se detuvo, y, estirando el brazo, disparó. El barbudo, alcanzado en una pierna en plena carrera, cayó de bruces por impulso de la velocidad y rodó sobre la roca como una pelota informe.

Nino, echando el bofe por la boca, saltó sobre él y, atenazándole por la cintura, lo elevó en el aire como a un muñeco, rugiendo:

—¡Maldita sea Guadalajara! Eres el primer sapo roñoso que me

ha hecho correr más que si me persiguiese un *sheriff* con cien gatos rabiosos dentro de la barriga, y me lo voy a cobrar, ¡maldito sea tu podrido corazón! Te voy a romper los huesos uno a uno a bocados, creo yo, y me voy a hacer una tortilla de fríjoles con ellos que me va a saber a rayos del demonio mezclados con azufre, pero me los comeré aunque reviente o así…

Maldiciéndole sañudamente, lo llevaba levantado en el vacío, mientras el barbudo se agitaba en el aire como un tigre cogido por los riñones por la alargada trompa de un elefante, y así llegó con él hasta frente a la estación.

—¿Qué diablos te sucede, Nino? —preguntó Texas—. Pero ¿es que ya no sirves para correr detrás de una hormiga?… Creo que tendré que jubilarte por torpe.

—¿A mí? ¡Maldita sea Jalisco! ¡Si es que el miedo le ha puesto alas a este sapo en los pies! No he visto un coyote que galopase más aprisa.

—Bueno, Nino, que estamos perdiendo mucho tiempo.

—¡Oh, sí, pero es que me gustaría sacarle los entresijos y freírlos antes para dárselos a comer! Déjame que cuando menos le pueda ahorcar con sus propias tripas.

—¡Adelante, Nino, nos vamos!

El mejicano, rabioso por no tener tiempo de atormentar un poco a su víctima, que se retorcía en el aire como un sarmiento al fuego, lo lanzó al vacío, le esperó a la caída con los brazos extendidos y lo tomó por el cuello y las piernas. Hizo una brutal flexión y le dobló en dos con un siniestro crujido de huesos que arrancó un alarido inhumano a su víctima. Luego, de un impulso formidable, lo arrojó en el espacio, formando una parábola, para después hundirse en el vacío de la impresionante sima.

Todos habían asistido a la terrible escena con los nervios en tensión. Hasta el propio Texas, acostumbrado a los bárbaros excesos de Nino cuando le dejaba obrar sin freno alguno, se había impresionado un poco, pero no le remordía la conciencia por lo sucedido. Aquel ser repugnante había asesinado cobardemente a un infeliz guarda estación, y Dios sabría los crímenes que tendría sobre su conciencia.

Reaccionando, gritó:

—¡A caballo! Tenemos que alcanzar la diligencia antes de que

llegue a su destino. Esos asesinos preparan una emboscada a la guarnición de Flyod, y tenemos que llegar a tiempo de evitarla.

Se apresuraron a montar en sus caballos, y Texas advirtió a uno de los mozos:

—Si no va a bajar ningún otro vehículo pronto, convendría que alguno fuese a Salt Lake a dar cuenta de lo sucedido. Si os movéis rápidos, aun podéis llegar a tiempo para que detengan a los que vienen detrás.

Y clavando las espuelas sobre los flancos de su montura, arrancó al galope, seguido de Born y Nino.

Los tres poseían cabalgaduras dignas de sus hazañas. Texas montaba sobre «Huracán», Nino sobre «Rayo*' y Born había sacado del rancho un caballo que poco tenía que envidiar a los de sus compañeros.

Galopaban a todo trote, y Texas gritóles:

—Siento haber renunciado a última hora a que nos acompañase el guía que nos daba el gobernador, pero me dio reparo exponerle a sufrir tantos peligros. Era un pobre padre de familia.

Capítulo VIII

El ataque a la diligencia

LA noche había aclarado bastante. Un reflejo azulado de luna bañaba la dura senda y pintaba ramalazos de plata en las cúspides de los altos farallones, mostrando claramente el camino que era devorado por los tres audaces jinetes.

Éstos habían perdido más de un cuarto de hora en la trágica escena de la estación, y, aunque forzaban el trote de sus monturas, aún debían tardar algún tiempo en alcanzar la diligencia, pues ésta, con mulas nuevas de refresco, devoraría el camino raudamente las primeras millas, aunque se veían obligadas a subir una cuesta bastante pronunciada.

—¿A qué distancia estará el campamento? —gritó Born.

—Creo que a unas cuarenta millas de la cima de la Big —repuso Texas.

—¿Llegaremos a tiempo?

—¿Por qué no? Esta noche podemos realizar la mitad de la jornada y mañana la otra mitad, para llegar a la hora justa del ataque, Si nosotros tenemos que recorrer esa distancia, ellos también tendrán que recorrerla. Pero, al parecer, casi toda la gente la tienen ya por los alrededores.

—Mejor; así nos tropezaremos con menos en el camino.

Una hora más tarde ganaban el alto pico de la montaña, e iniciaron la carrera hacia abajo. La diligencia no debía hallarse ya muy lejos, según sus cálculos.

—¡Atención! —Gritó Texas—. Debemos estar rozando los cascos de las mulas. Como este camino se revuelve continuamente, tenemos que cuidar no echarnos encima de ellos.

—¿Cuál es su plan, Texas? —preguntó Born.

—No podemos detenerlos porque son muchos, pero sí abrir fuego sobre el vehículo. Si abatimos a unos cuantos, será fácil hacernos con el vehículo, y si no hay otro remedio, dispararemos sobre el ganado para detenerle.

No hablaron más y continuaron el galope, descendiendo por la violenta pendiente que, muchas millas más allá, debía conducirles al Cañón del Eco, uno de los trozos más rectos, más llanos y más pintorescos del célebre paso de las Rocosas.

Un cuarto de hora después, Texas aguzó el oído. Había captado entre el rumor del aire encajonado que soplaba de cara, el lejano tintineo de las campanillas.

—Les estamos alcanzando —gritó —Oigo las campanillas.

—Y nosotros —afirmó Born —Ha sido una magnífica carrera.

—Veremos qué final nos reserva.

Obligaron a los poderosos caballos a esforzarse un poco más, y cuando doblaban un violento recodo para tomar la recta, descubrieron a la luz de la luna el pesado armatoste que rodaba como una exhalación.

—¡Ahí es! —advirtió Texas—. Péguense a los lados de los farallones y déjenme en el centro. Debemos disparar lo más separados posible.

Poco a poco iban acortando la distancia a pesar de que la diligencia volaba más que rodaba por la piedra, y cuando se hallaban a tiro, Texas apuntó por la ventanilla posterior y disparó.

El ruido de la detonación vibró sordamente, levantando docenas de ecos por las fragosidades de la montaña, y las mulas de la diligencia, asustadas por aquella multiplicación falsa del disparo, parecieron encabritarse, obligando al conductor a realizar esfuerzos terribles para dominarlas.

Inmediatamente, por el hueco de la ventanilla brotaron tres

llamaradas que en el azul de la noche adquirieron más lucidez, y Texas sintió que los proyectiles silbaban siniestramente cerca de él, pero, al tiempo, Nino y Born, guiándose por las rojizas llamitas, habían disparado y un alarido de muerte vibró de modo impresionante.

—Bueno va —gritó Nino con entusiasme —creo yo que le hemos estropeado el lugar del sombrero a algún pringao de esos…, ¡malditos sean sus retratos! ¡Adelante, manito!

Rápidamente se entabló la batalla. Los costados y la trasera de la diligencia se inflamaron de llamas rojas y azules, y los proyectiles, al clavarse sobre la piedra de los farallones, levantaban fragmentos de roca tan peligrosos como las propias balas, amenazando con herir a los audaces atacantes.

Pero solamente el fuego hecho desde la parte trasera podía tener eficacia, porque los que disparaban a través de las ventanillas laterales lo hacían al albur y sin poder enderezar los tiros, a menos que mostrasen medio cuerpo fuera de las ventanillas para fijar la puntería.

Dos de los más osados lo intentaron, cada uno por un costado, pero Nino y Born, que esperaban semejante imprudencia, dispararon con la rapidez habitual en ellos, y antes de que sus enemigos tuvieran tiempo a buscarles con la vista, ya habían recibido cada uno la caricia de un proyectil.

La diligencia trotaba de manera infernal. Las mulas, asustadas por el tiroteo, parecían no obedecer a las bridas, y el cochero se veía circunscrito a tratar de mantenerlas en el centro de la senda, pues a veces los farallones, cortados bruscamente, mostraban en los bordes aterradores huecos, por los que, si se deslizaban, irían a parar al fondo de desconocidos abismos.

Los ocupantes del carruaje, que ya habían tenido cuando menos tres bajas, trataban por todos los medios de deshacerse de aquellos peligrosos enemigos, que galopando como centellas no perdían el contacto con el vehículo y presentaban un blanco infernal debido a la violencia de su raudo galope.

Los que defendían la parte trasera del carruaje no se atrevían a asomarse para disparar, buscando el objetivo.

Texas disparaba poco, pero sus tiros penetraban por el hueco de la ventanilla y era mortal asomarse a ella para replicar

adecuadamente.

Alguien pensó en aprovechar la baca para disparar con más comodidad y eficacia, pero lo peligroso era poder ascender a ella. Solamente filtrándose por el hueco que quedaba libre a espaldas del conductor, se podía ascender sin exponer el cuerpo a un balazo seguro.

Dos de los más osados intentaron la maniobra y tras ímprobos esfuerzos, consiguieron encaramarse a la parte alta del vehículo, para desde allí enfilar de frente a Texas y sus compañeros.

Pero uno no llegó a probar la eficacia de su puntería. Al ascender, asomó durante un momento el cuerpo para inclinarlo sobre el techo de la diligencia y aquel momento de exhibición le fue fatal.

Tres proyectiles, como atraídos por su cuerpo, volaron hacia él, y el mormón, abriendo los brazos trágicamente, se desplomó de espaldas, cayendo sobre la dura piedra. Su compañero logró alcanzar la baca y tumbado desde ella, hostilizaba a los tres aventureros peligrosamente.

Por dos veces, Texas había recibido la impresión de ser alcanzado, una vez, sintiendo la manga de su chaqueta rozada por una bala, y otra, sintiendo rebotar sobre la silla del caballo el impacto del disparo.

Aquel enemigo era demasiado peligroso y había que eliminarle de algún modo, pero se había pegado tan a ras del techo, que las balas no llegaban a alcanzarle.

Aparte de él, aún seguían disparando desde el interior el resto de los supervivientes y Texas empezaba a desesperar de poder acabar con ellos.

Las mulas seguían galopando a una velocidad fantástica, tanto, que casi les costaba trabajo a los caballos seguir el ritmo de su trote y el carruaje daba tumbos alucinantes, cada vez que cogía algún bache en el piso o alguna piedra se interponía sobre el hierro de las yantas que recubrían las ruedas.

Texas decidió detener el vehículo y disparó bajo, tratando de alcanzar a las alocadas bestias, hasta que uno de sus proyectiles debió tocar en alguna pata a las que formaban el tiro trasero.

Los animales, enfurecidos por el dolor, saltaron como cabras echando hacia atrás el vehículo y el tirador que disparaba sobre el

techo, cogido de improviso por la actitud de los caballos, se vio lanzado al vacío en aquél trágico movimiento, saliendo despedido por la trasera. Su cuerpo chocó contra el esquisto, en el que quedó aplastado como un sapo, y Nino, al pasar galopando cerca de él, para asegurarse mejor de su muerte, disparó con fiereza.

Ahora, los ocupantes de la diligencia, aterrados por la actitud de las mulas, habían abandonado los rifles, atentos a lo que pudiera suceder. El cochero rugía más que gritaba al ver cómo los animales, sin control alguno, se deslizaban por la pendiente a una velocidad de vértigo, rozando muchas veces las pétreas paredes del sendero.

Súbitamente surgió una curva muy pronunciada. El vehículo, lanzado como una pelota de goma, saltaba produciendo un ruido siniestro, en el que todo el armazón amenazaba con desarmarse, hasta que sobrevino la catástrofe. Las mulas no tomaron la curva de una manera normal y el vehículo, al girar bruscamente, pegó brutalmente de cola contra el farallón, abriéndose en pedazos, mientras el alocado tiro arrastraba tras de sí lo que había quedado enganchado a los varales.

Varios cuerpos saltaron como peleles entre los despojos del coche, formando un amasijo terrible, el resto del carruaje, falto de dos ruedas, se inclinó lanzando al conductor proyectado sobre una de las paredes, donde rebotó como un corcho, y las mulas, libres de impedimenta, arrastrando unos míseros tablones, desaparecieron por la pendiente abajo, mientras Texas y sus compañeros refrenaban el trote de sus caballos, considerando innecesario obligarles a sostener aquella endiablada carrera.

Cuando se detuvieron ante los ocupantes de la diligencia nada les quedaba que hacer respecto a ellos. Los que no habían muerto a causa de los tiros recibidos durante la lucha, aparecían destrozados por el terrible choque del vehículo contra los cantiles.

—Bueno va, manito —comentó Nino, —esto se ha terminado, creo yo. Han quedado todos que ni una maldita sopa se podría hacer con sus sesos.

—Y el camino ha quedado libre —afirmó Born—, esto era lo más interesante.

—Sí; hasta que nos aproximemos al campamento. Lo principal, ahora, es saber dónde andan emboscados todos esos reptiles que piensan dar el golpe. Lo difícil va a ser poder pasar entre ellos para

poner sobre aviso a la guarnición. Lo que menos sospecharán será que se prepara ese golpe tan audaz sobre ellos y, si les cogen de sorpresa, la catástrofe va a ser grande.

—Nada podemos aventurar hasta que lleguemos al Cañón del Eco. Tenemos que correr ese albur.

Continuaron galopando, hasta que, no mucho después, tras volver a ascender una pendiente muy pronunciada, alcanzaron la cima de la Big. Estaban a quince millas del punto de partida y ahora debían bajar para enfrentarse con el recto paso del Cañón del Eco.

El día empezaba a clarear y Texas, estimando que era peligroso proseguir la jornada en pleno día, decidió buscar entre las grietas de los farallones algún lugar donde guarecerse. Se evitarían ser descubiertos y, al tiempo, vigilarían el camino dejando que pasasen por delante los rezagados, que debían sumarse a la horda atacante.

Tras mucho rebuscar, encontraron una estrecha fisura que cortaba la roca y, aunque con trabajo, consiguieron internar por ella los caballos. La fisura formaba un arco violento hacia la izquierda y una vez a su amparo era difícil descubrirlos, a no ser que se registrase intencionadamente aquel lugar.

Satisfechos del escondrijo, se dispusieron a tomar alguna vianda para matar el tiempo, y mientras las preparaban, Texas trepó expuestamente por las aristas de la peña, hasta conseguir ganar una altura desde la que, a través de algunos picos salientes, distinguió cómodamente un trozo del camino.

Satisfecho de aquel observatorio, se acomodó en él, y tomando las viandas que le arrojó Nino a lo alto para que no tuviera que descender, esperó con el rifle y el revólver a la mano, a que fuesen desfilando los mormones que aún debían llegar rezagados.

* * *

Entretanto, en la cueva que servía de refugio a Young Brigham se celebraba una curiosa y no muy pacífica entrevista entre el Patriarca de los mormones y su flamante general en jefe.

Zenker, despidiendo lumbre por los ojos, gruñía:

—¿Qué diablos quiere usted conseguir con hombres que sólo sirven para atacar un rancho abandonado y asesinar a cuatro monigotes indefensos? Me había asegurado usted que poseía

elementos de dureza y valor y he podido comprobar que sólo son unos tipos fanfarrones, sin empuje para nada. Seis hombres no han podido con uno solo en la plaza grande, y otros tres se han dejado matar como borregos por uno solo. Con esta clase de gente no creo que pueda usted tener mucha confianza de volver a rescatar su reinado.

—No me lo explico —gruñó Young. —Lorit conoce a mi gente y sabe que hay elementos tan bravos como los que más… Tendré que pedirles cuentas de este fracaso.

—Sí; pero, mientras, han dejado escapar a esa gente y les han perdido la pista. Ahora no sé cómo volver a encontrarla y voy a tener que ser yo precisamente quien me ocupe de dirigir y de actuar.

—¿Dónde cree usted que puedan haberse escondido?

—No sé…, me fui del poblado cuando me enteré del fracaso de la posada. Quería haber bajado a buscar más datos, pero este asunto del ataque al campamento no lo puedo dejar en manos de cualquiera. Es demasiado importante para fracasar en él.

—¡Oh, desde luego! Si logramos apoderarnos del campamento, obtendremos armas en abundancia y tres cañones. Con ellos, lanzando a toda mi gente sobre Salt Lake City, estoy seguro de poner en fuga al gobernador y a sus hombres, y una vez dueño otra vez del poblado, podría movilizar a mucha gente en todo el país. Formaría un cuerpo de ejército poderoso y el gobierno tendría que parlamentar conmigo.

—De acuerdo; pero lo principal es que su gente responda. Tendrá que habérselas con más de un centenar de soldados aguerridos en sus luchas con los indios y no será con palabras con los que logren dominarlos. Su honor militar les hará defender el campamento con todo heroísmo y preferirán morir defendiéndole a rendirse de una manera denigrante.

—Espero que sabrán cumplir con su deber. Los mormones formaron un buen regimiento cuando la guerra y se cubrieron de gloria.

—Bueno, ya se lo diré a usted cuando tengan que enfrentarse con esos hombres. Son de lo más duro que posee el gobierno.

Brigham, que se mostraba nervioso por la envergadura del proyecto, preguntó:

—¿Cree usted que será fácil la sorpresa?

—Espero que sí. Lo tengo todo muy bien estudiado. Vea. Esta tarde, uno de nuestros hombres se presentará en el campamento anunciando, muy agitado, que un grupo de apaches asaltó la diligencia que viene de El Paso y ha matado a los viajeros. Les indicará el lugar casi a la entrada del Cañón del Eco. El jefe del destacamento enviará treinta o cuarenta soldados al lugar del fingido asalto y dejará allí unos sesenta. Cuando la pequeña tropa haya pasado para abajo, nuestros hombres se escurrirán como apaches por las grietas hasta alcanzar los alrededores del campamento que se alza, según mis informes, en una especie de glorieta natural, y mientras unos, apostados entre las rocas, forman un circulo de fuego para no dejar escapar a nadie, los demás se lanzarán al asalto. Una vez que hayan dado buena cuenta de los que queden allí, se apostarán en el paso del cañón y, cuando el resto regrese, les atacarán en masa hasta no dejar ni uno. Luego, con las armas que se recojan del botín y los tres cañones, los hacemos rodar hasta el poblado y nos presentamos con ellos de improviso. Espero que a la sola voz de que los mormones poseen artillería y bajan a sitiar la ciudad, cundirá el pánico y la mayoría se apresurará a huir hacia el lago, o hacia el desierto. Luego, cuando se pueda aposentar otra vez de su palacio, todo consiste en la rapidez con que pueda reclutar más gente.

—Eso no me preocupa. Inmediatamente partirán emisarios por todo el Estado y verá usted afluir gente armada de todas partes. Lo principal es que recobren la confianza en mí y en el éxito y la mejor manera de lograrlo es que sepan que me he apoderado de la ciudad.

—Pues si cada uno responde a su misión, de usted por seguro el triunfo. Quisiera que esto estuviese ya logrado para dedicarme a perseguir a muerte a esos tres tipos tan peligrosos. Cuando todo Utah se haya levantado en armas y sea dueño del país, espero que todo intento de huida les sea imposible y, en un lugar o en otro, caigan en nuestras manos. Aquel día será el más glorioso de mi vida.

Durante un buen rato más, estuvieron discutiendo los pros y los contras del plan, perfilando algunos detalles para el mejor éxito de la arriesgada empresa, hasta que Zenker, consultando el reloj, dijo:

—Quería esperar a ver si traían alguna noticia más de Salt Lake,

pero por lo visto Lorit no tiene nada que comunicar aún. Le conminé a localizar a esos hombres y le supongo entregado a husmear por todo el poblado.

—¡Ojalá tenga acierto y consiga algo!

Montó a caballo, recogió a dos docenas de hombres escogidos que tenía emboscados dando guardia a la cueva y con ellos se dirigió hacia la salida para alcanzar El Paso.

Capítulo IX

Una sorpresa frustrada

DURANTE parte de la mañana; afluyeron a lo alto de la montaña grupos sueltos de individuos de pésima catadura, armados de toda clase de armas. Se observaba que habían verificado una requisa general y que cada cual se había posesionado de lo que le fue factible para poder tomar parte en el combate.

Unos iban a pie, otros a caballo y en algunos se notaba la fatiga de una marcha larga y agotadora por aquel paisaje áspero y nada agradable.

Mediado el día, la afluencia cesó. Texas calculó que ya debía estar completo el cupo de combatientes y reunidos en algún lugar de la montaña, dispuestos para la sorpresa. Aburrido de aquella inactividad, descendió de su observatorio, diciendo a sus compañeros:

—Creo que aquí estamos perdiendo un tiempo precioso. No veo pasar a nadie hace rato y supongo que ya están todos reunidos. Debemos seguir sus huellas a ver si descubrimos su escondite y nos es fácil burlar su vigilancia y cruzar hacia el campamento.

—No creo que sea posible, Texas —advirtió Born—. Son muchos y habrán tomado todas sus disposiciones para no sufrir un

descalabro.

—No lo niego, pero algo hay que intentar. Si dan el golpe por sorpresa, ese puñado de hombres ajenos a la agresión, van a verse expuestos a un serio peligro.

—Bien, vamos cuando usted quiera.

Se disponían a abandonar su refugio, cuando captaron el rumor de un grupo de jinetes que avanzaban a un trote endemoniado, y retrocedieron, quedando pegados a la fisura para no ser vistos.

El paso del grupo fue rapidísimo y fugaz, pero Texas, que se encontraba el primero junto al borde del farallón, estranguló un rugido de rabia en su garganta y exclamó con voz ronca:

—¡Zenker, maldito sea su corazón!

Nino, al oírle, empuñó el rifle e hizo intención de salir a la senda a disparar, pero Texas le detuvo diciendo:

—No te molestes, Nino; ya no hay nada que hacer. Me ha cogido tan de sorpresa, que cuando me di cuenta ya había pasado. Además, va metido entre dos docenas de hombres que le escudaban con sus cuerpos y todo lo que podíamos hacer era llamar la atención y exponernos a un serio disgusto. Ahora sabemos que va a dirigir la operación y es allí donde tenemos que realizar toda clase de esfuerzos para alcanzarle.

—¡Bueno va, manito, le alcanzaremos! —aseguró rabioso el mejicano—. Aunque tenga que abrirme paso a bocados entre esos sapos exterminadores para buscarle. Yo tengo que ser gobernador de California y tú no me puedes quitar la ocasión de conseguirlo, creo yo.

—¡Oh, no, claro! —repuso Texas sonriendo—. Si tú te presentas en Washington con ese tipo atado a la cola de tu caballo, no dudes que estarás el primero en la lista para cuando llegue la ocasión.

—¿Me lo aseguras?

—Pues claro está. Una proeza así, ¿qué menos va a merecer?

—¡Pues adelante, manito!… ¡Ese pringao no se me escapa ya, aunque se filtre por el Gran Cañón del Colorado!

Texas decidió seguir adelante. Aún faltaba mucho para recorrer el Cañón del Eco y la tarde iba avanzando rápidamente.

Mantuvieron las monturas a un trote regular. La vista abarcaba rectamente el hermoso paso natural abierto por la naturaleza en la montaña y podían precaverse de cualquier sorpresa.

Por fin, a la caída de la tarde, habían recorrido ya casi todo el camino. La recta senda empezaba a mostrar recovecos y baches, y Texas adivinó que se aproximaban al lugar deseado.

Deteniendo en seco el caballo, ordenó:

—¡Alto! No debemos cometer imprudencias. Estamos próximos a una jauría humana muy poderosa y tenemos que maniobrar con cautela. Quédense aquí vigilando y no permitan que cruce nadie hacia adelante. Yo me voy a deslizar a pie a ver qué descubro.

—Es una locura, Texas —advirtió Born —Pueden descubrirle.

—Hay que arriesgarse. Es más fácil que yo pase desapercibido que los tres. Si descubro grupos en algún sitio, procuraré filtrarme entre ellos. Siendo tantos, no se conocerán y no habrá peligro. Luego, con lo que descubra, vendré a decírselo.

No le pudieron convencer y el osado aventurero se adelantó, pegado a los taludes y con la mano apoyada en la empuñadura de su temible «Colt».

Las sombras iban invadiendo la montaña y como el paso estaba cerrado por altos farallones, éstos le protegían ayudándole a pasar más desapercibido.

Pronto observó que el agrio paisaje se abría, mostrando grietas y fisuras en sus paredes. En algunos lugares, bajaba de altura repentinamente, dejando al descubierto al borde de la senda negros y mareantes abismos, cuyo fondo era imposible calcular y todo ello indicaba que el lugar era propicio a esconder, entre los accidentes, a un buen contingente de hombres a la espera de surgir en determinado momento en la senda.

Según los informes que había recibido, el campamento se hallaba enclavado en una hondonada natural rodeado de cresterías y únicamente se podía llegar a él descendiendo por una senda tortuosa, labrada por la acción de los siglos en la roca viva.

El lugar era ideal, tanto para una defensa como para un ataque. Si el ataque era descubierto con tiempo, resultaría una tarea costosa y sangrienta forzar la senda para irrumpir en la hondonada, pero si la sorpresa precedía al ataque, los que se encontraban allí acampados no tendrían modo de abandonar su prisión en caso de verse acometidos por fuerzas superiores y sólo les quedaba rendirse o morir matando.

Zenker sabía lo que se hacía y como la guarnición del

campamento sólo se hallaba allí preocupada de los indios que merodeaban por la montaña y no esperaba ningún ataque de sus propios conciudadanos, lo natural era que se viesen sorprendidos de modo inopinado.

Texas se devanaba los sesos preguntándose cómo podría burlar la segura vigilancia que tendrían montada y cómo podría deslizarse senda abajo para advertir a la guarnición del golpe trágico que se preparaba contra ellos.

Se escurrió por una grieta, y escalando unos peñascales que se erguían en forma de pirámide, consiguió situarse a una altura de unos ocho metros, desde la que podía distinguir bastante bien una parte del panorama más bajo que le rodeaba.

Tumbado sobre la piedra para no ser descubierto, sus ojos se dilataron con asombro, al descubrir en todos los vanos que formaba el peñascal grupos de hombres sentados entre las breñas, con los rifles en las manos, esperando en actitud expectante.

De vez en vez, alguno se deslizaba por los estrechos pasillos que se abrían entre las piedras y cruzaban ante los grupos estacionados, sin que nadie se fijase en ellos al parecer. Eran tantos, que, como Texas supuso, no se conocían en su mayor parte.

En un vano más espacioso, descubrió un conglomerado de caballos trabados y varios individuos cuidando de ellos. Debían ser las monturas de los que habían acudido empleando aquel medio de locomoción.

Texas sonrió con humorismo. Había visto bastante de lo que deseaba y ahora los planes bullían en su cerebro a montones.

Descendió de su observatorio, retrocedió cautamente, desandando el camino, y más tarde se reunía con sus compañeros.

—Síganme sin armar ruido. Lo mejor es poner a los cascos de los caballos trozos de manta para que no se denuncien. Creo que la cosa va a salir mejor que esperábamos.

Y les puso al corriente de todo lo que había descubierto.

—¿Cuál es su idea entonces? —preguntó Born.

—Vamos a deslizamos hasta el lugar donde he conseguido llegar y una vez allí, esconderemos los caballos en uno de los muchos recovecos que existen y aisladamente, pero próximos uno a otro, nos iremos deslizando por entre los grupos, hasta cruzar al otro lado, que es donde debe encontrarse la senda. Si alguno tenemos

oportunidad de filtrarnos por ella sin ser visto, el que lo logre avisará inmediatamente al jefe del campamento para que movilice sus hombres y esté preparado para devolver la sorpresa. Luego, en el fragor del combate, tomamos posiciones a retaguardia, y cuando se vean obligados a retirarse, ayudamos a diezmarlos. Si, como supongo, Zenker dirige el ataque, tendrá que pasar por delante de nosotros en la retirada y espero que esta vez no logre escapar de nuestros revólveres.

—¡Claro que no, manito! Y me dejarás que sea yo el que le coloque cuatro píldoras en todo lo alto del coco. Me has prometido ayudarme a ser el primero de la lista para cuando nombren gobernador y…

—Bueno, conforme. Tiraremos todos sobre él para mejor asegurarnos y luego te envolveremos la gloria de su muerte en una bandera estrellada y te la ofreceremos como un homenaje.

—Gracias, manito… Después…, pues ya sabes…, cuando yo sea gobernador…, pues… como si lo fueses tú…

—Agradecido, Nino. Vamos, ¿has terminado de arreglar los cascos de los caballos?

—Ya están calzados, manito. No creo yo que manchen el salón con esos preciosos zapatos.

Pegados al farallón, avanzaron con los nervios tensos. Se estaban jugando una carta decisiva y, de que el destino les favoreciese o no, dependía el éxito de su empresa y la vida de un puñado de hombres.

Por fin, sin contratiempo alguno, alcanzaron el lugar donde Texas había estado anteriormente, y Jim, respirando satisfecho, se dedicó a buscar un refugio para los caballos.

Por fin lo encontró, y dirigiéndose a Nino dijo:

—Escucha; no conviene dejar solas las monturas por si acaso. Nosotros vamos a intentar acercarnos a la senda y tú te quedarás al cuidado. No me atrevo a que nos sigas e intentes reunirte con esa gente, porque tu tipo no es de mormón precisamente y si despiertas la menor sospecha, todo se habrá perdido cuando casi está ganado. A la hora de los tiros, te prometo que estarás en primera fila para encajar tantos como te quepan en la barriga.

Nino no quedó muy conforme, pero las razones de Texas eran tan poderosas, que tuvo que resignarse.

Born siguió a Jim, dando rodeos por entre los peñascales. Ambos se habían inclinado un poco el ala del sombrero sobre los ojos y avanzaban simulando desenfado.

—Mucha calma, Born —advirtió Texas—. Estamos sentados sobre un polvorín con un cigarro encendido.

Se acercaron a los primeros grupos, pasando displicentes entre ellos. Algunos les miraron un momento, sin hacer aprecio de su presencia, y ambos, siguieron dando rodeos para ganar los puestos avanzados.

La suerte se les mostraba de cara, pues, poco a poco, consiguieron salir, a un lugar algo más abierto, que se adelantaba en cuesta.

Iban a alcanzar el sitio más pronunciado, captando el confuso rumor de un grupo de caballos golpeando con sus cascos sobre la dura piedra, cuando un individuo que vigilaba asomado en la misma crestería, hizo un gesto imperioso murmurando:

—¡A tierra, animales, que ya suben!

Ambos obedecieron, y Texas, fingiendo candidez, preguntó:

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser, animal? Los soldados que van en busca de esos apaches salteadores que hemos inventado.

Texas tembló como la hoja en el árbol. Las pocas palabras de aquel miserable acababan de revelarle la existencia de una horrible trampa. Parte de la guarnición era alejada con una añagaza, para que quedasen muchos menos en el campamento y pudiesen batirles más fácilmente y por separado.

Se adelantó de un modo insensible y echó un vistazo hacia abajo. Las sombras de la noche empezaban a invadir el terreno, pero aún se distinguía bastante bien y debajo, a unos cuatro metros, descubrió la pina senda por donde avanzaba el grupo de soldados que se dirigían, Dios sabía a qué lugar y con qué objeto.

Nervioso, echó un vistazo alrededor. En aquel lugar se encontraban solos con el vigilante, y Texas, haciendo un signo imperioso a Born para que estuviese preparado, extrajo de su cinto el agudo cuchillo, y mientras el vigilante, inclinado sobre el reborde del peñascal, atisbaba el paso de los caballos, levantó el brazo impetuoso y le clavó el cuchillo por la espalda en el sitio del corazón.

El vigilante, herido de muerte, sólo consiguió emitir un sordo gruñido que Texas acabó de ahogar aferrándole por el cuello y apretando. Luego, cuando le supo bien muerto, exclamó frenético:

—¡Pronto, Born, arrastre a este sapo a un lugar oculto y tome su puesto como si fuese él! ¡Tengo que hacer algo!

—¿El qué?

—No lo sé, pero si esos soldados se alejan, la partida está perdida. Tengo que detenerlos, sea como sea.

—No tiene usted caballo y, aunque lo tuviera, le descubrirían en el acto galopando detrás de ellos.

—Bueno, quite esta carroña, no venga alguien… Déjeme pensar.

El rumor de cascos se iba aproximando. Los caballos, debido a la hosca pendiente, avanzaban a un trote pesado para ganar el declive, y a la mortecina luz del atardecer, Texas les vio por fin aparecer ante sus ojos, agrupados caprichosamente sin orden alguno de formación. La estrechez de la senda y su configuración, no permitían esa rigidez militar tan de desfile patriótico y cada uno caminaba cómo podía.

Una idea absurda, peligrosa, desesperada, pero la única que podía poner en práctica, cruzó por el cerebro de Texas. Dejó que desfilasen los primeros jinetes, y cuando observe que la fila se aclaraba y quedaban pocos por cruzar por debajo del borde del talud, se puso en pie, midió el salto, eligió el último jinete de la fila y se arrojó al vacío, cayendo sobre la grupa del caballo.

El salto, hábilmente medido, le dejó a horcajadas sobre el poderoso flanco del caballo, y antes de que el jinete tuviese tiempo a darse cuenta de lo que pasaba y pudiese gritar o revolverse, Texas le aferró por el cuello para que no gritase y pegado a su cuerpo, murmuró a su oído:

—¡Silencio!… ¡Sigue, por lo que más quieras, o pondrás en peligro la vida de tus compañeros! Tengo que hablar con tu jefe o caeréis en una emboscada horrible.

El jinete, hombre duro, acostumbrado a muchos avatares en la vida, debió comprender que aquel acto desesperado del intruso debía obedecer realmente a algo grave y, sin hacer gesto alguno, siguió espoleando su caballo para no distanciarse del grupo.



El pelotón alcanzó la senda y se distensionó por ella, acelerando el trote, hasta virar un poco por un recodo del camino. Entonces, Texas, soltó al soldado diciendo:

—Te has portado bien, muchacho. Detrás de vosotros habéis dejado varios cientos de «ángeles exterminadores», que van a asaltar el campamento para apoderarse de las armas y los cañones. Os han tendido una trampa para alejaros y batir mejor a tus compañeros. Galopa, muchacho y llévame donde esté tu jefe.

El soldado clavó las espuelas al caballo y, como un meteoro, cruzó entre el grupo de sus compañeros que se asombraron al verle cabalgar con un extraño jinete a la grupa, pero cuando quisieron darse cuenta y tratar de investigar el fenómeno, ya el soldado había alcanzado la cabeza del grupo, gritando:

—¡Atención, mi teniente, aquí hay alguien que quiere hablarle de algo grave! Haga que se detenga el pelotón.

Y el teniente, asombrado, detuvo en seco su caballo.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».